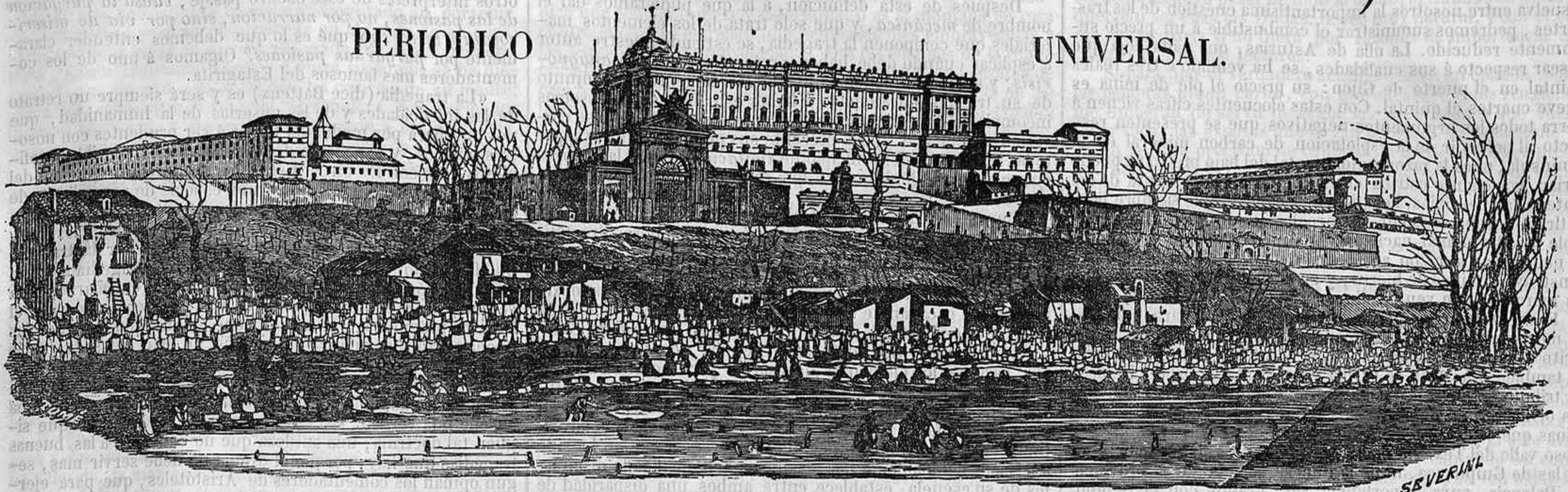


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 3.º—SABADO 17 DE ENERO DE 1852.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 60.

ESPAÑA EN LA ESPOSICION.

ARTICULO II.

No tememos que se nos censure con justicia, si aseguramos que España podrá representar un magnífico papel en la escena industrial y artística del mundo civilizado, el día que quiera armonizar sus grandes recursos con los esfuerzos de su voluntad.

Por las palabras que acabamos de escribir se comprenderá que se trata, no de los adelantos que ha hecho nuestra nación, sino de los que pueda hacer. Rica en elementos de toda especie, es todavía pobre en artefactos; la naturaleza se ha mostrado con ella sumamente pródiga de sus dones, pero ese país ha contado hasta ahora mucho con su territorio, y poco con sus brazos y su propia inteligencia; por eso han abundado las primeras materias en la Esposicion Española, al paso que han sido muy escasos sus productos de mano de obra. A esto podemos añadir que las muestras que se remitieron á Londres fueron insuficientes é incompletas, no solo por lo que concierne á producciones industriales, sino respecto á minerales, las cuales, por lo mismo que constituyen la rama principal de los recursos de un pueblo, forman la parte mas importante de la Esposicion. Es cosa probada, por ejemplo, que nuestras minas de mercurio son las mas abundantes del mundo, y que su situación merece fijar en alto grado la atencion de los geólogos. Pues bien: la serie enviada á la Esposicion, parece mas á propósito para contentar la curiosidad de un discípulo, que para ofrecer una idea aproximada de las maravillosas galerías de Almaden.

No es menos cierto en cuanto al orden industrial, que Cataluña representa en establecimientos y en máquinas un capital de muchos millones, que afectan á los tejidos de algodón: sus fábricas sostienen á sesenta mil jornaleros, que necesitan las noventa y tres máquinas de vapor, las ochocientas mil camillas y los cuarenta mil oficios diversos de ese distrito verdaderamente industrial. ¡Cuánto debe extrañarse que Cataluña no haya remitido á Londres uno solo de sus productos! Esta negligencia que España ha hecho estensiva á la ce-

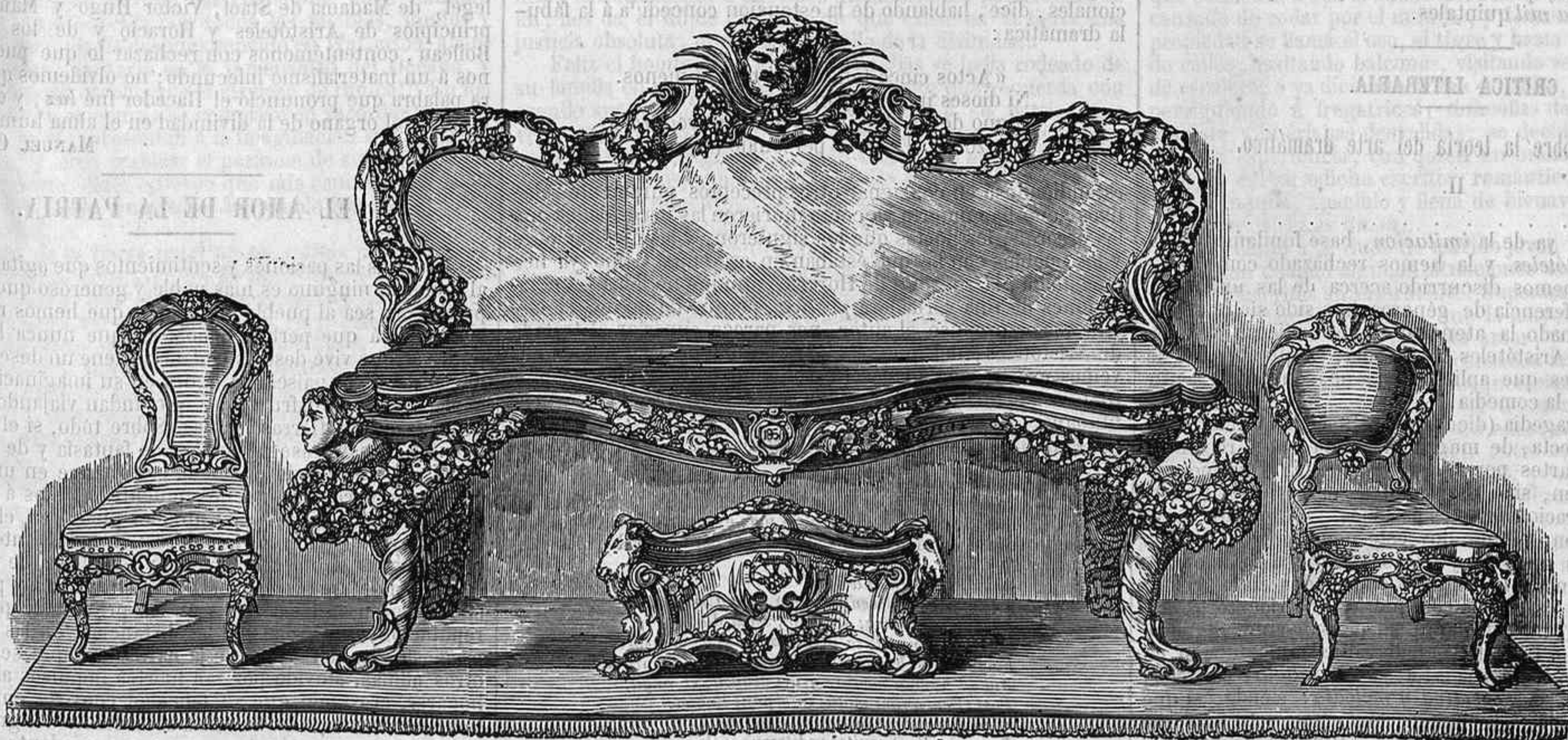


La reina Victoria.



El principe Alberto.

rámica, á la cuchillería, á la cerrajería, á los tejidos de lana y de seda, y generalmente á todo cuanto se fabrica en sus provincias, ha hecho suponer á un economista francés, que conociendo nuestro pueblo su inferioridad industrial, ha preferido abstenerse, á correr el riesgo de una comparación con las naciones mas adelantadas del mundo: este cálculo de la vanidad, admisible cuando mas en tesis general, no está, á nuestro parecer, al alcance de los cuerpos sociales, y si nuestra proverbial fiereza hubiese intentado dar una forma colectiva á semejante manifestación, creemos que en el hecho hubiéramos querido probar que no trabajamos, pero de ningún modo que trabajamos mal.



Gran aparador y sillones.

En efecto, el amor propio peninsular puede transigir con quien le diga que nada hace, pero nunca consiente que se opine que hace las cosas mal.

Nosotros hoy debemos considerar á nuestra patria se-

cional está reducida á una cuestión de productos: la nación que carezca de este combustible será tributaria de la que lo posea en abundancia. España pues está destinada á levantarse de su decadencia, no precisamente porque sus horna-

gun ha querido manifestarse en el Palacio de Cristal, y así tenemos que estudiarla bajo el aspecto de sus riquezas naturales.

La primera y mas pura representación de la energía industrial de los pueblos es hoy la ulla: desde que se ha substituido la acción del vapor á los ejercicios de la fuerza humana, el carbon mineral se ha convertido en verdadero símbolo del poder productor, y por consiguiente de la supremacía, en un tiempo en que la importancia na-

guerras deban sobrevivir á las de los demás países, no porque sus minas sean mas ricas que las del resto de Europa, sino porque cuando la construcción de canales y caminos de hierro resuelva entre nosotros la importantísima cuestión de los transportes, podremos suministrar el combustible á un precio sumamente reducido. La ulla de Asturias, que nada deja que desear respecto á sus cualidades, se ha vendido á tres reales quintal en el puerto de Gijón: su precio al pié de mina es nueve cuartos el quintal. Con estas elocuentes cifras vienen á tierra todos los argumentos negativos que se presenten respecto al porvenir de la explotación de carbon mineral en la Península, por que la razón fundamental del bajo precio no puede variar, pues cuanto estriba enteramente en la baratura de las materias alimenticias, beneficio de localidad, que siempre permitirá á España sostener los jornales en un equilibrio imposible para las demás naciones. Lo único que tiene que hacer, es neutralizar la razón accidental del aumento de los valores: construya caminos de hierro, y su carbon de piedra llegará á los mercados con ventajas incontestables.

Entre los muchos puntos de que se extrae carbon mineral merecen citarse especialmente, Langreo en Asturias, y Espirito y Belmez en la provincia de Córdoba; Teruel ha enviado tambien muestras de Utrilla y de Aliaga, y Orbo y Reinosa su tributo de los valles del antiguo reino de Leon; Cataluña, tan olvidadiza en cuanto á sus tejidos, se ha acordado de las minas que explota, por medio de grandes hornos, en el hermoso valle del Tex. No hablemos de las de Villanueva del Río, de las de Guipuzcoa, ni de la que se explota en la provincia de Palencia, cuya importancia será grande con el tiempo, cuando se hagan los caminos de Alar á Santander y de Valladolid á Madrid.

Tambien se han visto en la Exposición excelentes muestras de azufre mineral cristalizado, procedentes de fragmentos extraídos de Conil, mina abandonada á causa de la depreciación industrial de sus productos. Las de la provincia de Salamanca han sido examinadas por aventajados geólogos que han visitado el Palacio de Cristal, y prodigadas grandes elogios por su calidad inmejorable.

Respecto á sales, de que la España es tan rica, los mineros han sentido no haber encontrado en la galería correspondiente la sal capilar de Calatayud, tan rara en las colecciones de esta clase de productos: lo mismo decimos acerca de los cristales transparentes de sal fósil que se emplean en las operaciones físicas; sin embargo, la abundancia de estas sustancias y la falta de fábricas que las perfeccionen, han hecho creer á nuestros compatriotas que no eran dignas de figurar en la Exposición, por cuyo motivo sin duda no las han remitido. Las sales comunes que en ella han llamado la atención, proceden únicamente de la provincia de Almería y de las salinas de Añana; las de Tragacete no han enviado muestras: algunas se han observado de las célebres sales fósiles de Córdoba; pero debemos decir en honor de la verdad que han podido ser mucho mas ricas, mucho mas numerosas y mas variadas.

Las sosas de Alicante, Murcia, Barcelona, Granada é islas Canarias, se han presentado á precios módicos en extremo, porque la introducción de la sosa artificial en el comercio, como la única que posee incontestables ventajas para convertir los aceites en jabón, ha herido de muerte á ese producto natural y espontáneo que abunda en muchas provincias. El sulfato de sosa de Burgos, que se ha espuesto en Londres, y que empieza á explotarse en las orillas del Tiron, tributario del Ebro, es de lo mejor que puede adquirirse en su clase á juicio de los inteligentes; mas para que adquiera en los mercados europeos el valor que realmente merece obtener, es preciso que las artes dependientes de la química se desarrollen y aclimaten mas en España: el consumo de este sulfato de sosa en España está casi limitado á la cantidad que necesita para sus operaciones la cristalería de Rozas, en la provincia de Santander.

Después de habernos hecho cargo de los minerales salinos, cuya enumeración seria muy estensa para un artículo, nos ocuparemos de los metales, otra riqueza que abunda en casi todos los terrenos de nuestra privilegiada España, y particularmente del hierro, que en 1846 daba ya un producto de seiscientos cincuenta mil quintales.

CRITICA LITERARIA.

Apuntes sobre la teoría del arte dramático.

II.

Hemos hablado ya de la imitación, base fundamental de la Poética de Aristóteles. y la hemos rechazado como infundada. Tambien hemos discurrido acerca de las unidades, porque ellas y la diferencia de géneros han sido siempre las que mas han llamado la atención de los críticos. Veamos ahora cómo define Aristóteles la tragedia, ya que muchas de las reglas generales que aplica á esta no son en su sentir menos aplicables á la comedia.

«Es, pues, la tragedia (dice) representación de una acción memorable y perfecta, de magnitud competente, recitando cada una de las partes por sí separadamente; y que no por modo de narración, sino moviendo á compasión y terror, dispone á la moderación de estas pasiones...—La fábula es un remedo de la acción; porque doy este nombre de fábula á la ordenación de los sucesos; y de costumbres á los modales por donde calificamos á los sujetos empeñados en la acción; y de dictámenes á los dichos con que los interlocutores dan á entender algo, ó bien declaran su pensamiento. Siguese, pues, que las partes de toda tragedia, que la constituyen en razón de tal, vienen á ser seis: á saber, fábula, carácter, dición, dictamen, perspectiva y melodía: siendo así que dos son las partes en que imitan, una cómo, y tres las que imitan; y fuera de estas no hay otra...—Pero lo mas principal de todo es la ordenación de los sucesos. Porque la tragedia es imitación, no tanto de los hombres cuanto de los hechos, y de la vida, y de la ventura y desventura: y la felicidad consiste en acción, así como el fin es una especie de acción y no calidad...—De suerte que los hechos y la fábula son el fin de la tragedia (y no hay duda que el fin es lo mas principal en

todas las cosas), pues ciertamente sin acción no puede haber tragedia...—Es, pues, la fábula lo supremo y casi el alma de la tragedia (4).»

Después de esta definición, á la que pudiéramos dar el nombre de mecánica, y que solo trata de los elementos materiales que componen la tragedia, se estiende nuestro autor á explicar cuándo debe haber peripecias y cuándo anagnórisis; y si bien no podemos juzgar exactamente del conjunto de su trabajo, en atención á haber este llegado á nosotros incompleto, debemos razonablemente suponer que no se elevarían mucho mas que la presente sus prescripciones, ya que todas se derivan del principio de imitación, y que las consecuencias tienen lógicamente que estar en armonía con el origen de donde proceden.

Menos materialista, por decirlo así, Horacio, con mas experiencia y gusto mas depurado, exige en las obras dramáticas condiciones de mas vitalidad y de mayor importancia. Su célebre Epístola á los Pisones no es un código poético tal y como hubiera podido ordenarlo él mismo; pero en las máximas que se escapan de su pluma, en los preceptos que enseña á sus jóvenes amigos, y que, sin formar un tratado completo, un arte crítico metódico y regular, contienen la mayor parte de los elementos necesarios para coordinarlo, se echa de ver una elevación de miras y una libertad de espíritu, si se nos permite la expresión, que en vano buscaríamos en las reglas dictadas por Aristóteles. Esta diferencia que advertimos entre uno y otro preceptista, diferencia que no ha sido apreciada debidamente por los que se han apellidado discípulos de su escuela, establece entre ambos una disparidad de caracteres tan notable, que apenas concebimos la amalgama que la superficialidad, ya que no digamos la ignorancia, de críticos y poetas, ha hecho con los nombres de Aristóteles y Horacio, dando á entender, ¡lamentable equivocación! que las doctrinas de uno y otro eran esencialmente las mismas.

Veamos en corroboración de esta idea algunas de las máximas de Horacio, y ellas nos dirán si andamos equivocados en la opinión que dejamos formulada en las precedentes cláusulas. Al hablar de los caracteres y dar á entender que las palabras deben estar siempre en armonía con los sentimientos de que se halla poseído el personaje, y estos con la índole particular del carácter que le ha asignado el poeta, á fin de que no incurran en contradicciones inverosímiles, dice (2):

«Al triste tristes, al airado sientan
Expresiones de enojo, al serio graves,
Festivas al risueño. Interiormente
Naturaleza nos formó sensibles
A toda clase de fortunas: gozo,
Ira sentimos, ansiedad, profunda
Tristeza, y luego esprime los afectos
Intérprete del ánimo la lengua.
Si á las fortunas del actor acordes
No van sus dichos, nobles y plebeyos
Prorumpirán en grandes carcajadas.»

Véase además qué importancia daba nuestro poeta crítico á la acción dramática, y de qué modo tan diverso del de su predecesor consideraba el fin á que debe dirigirse (como presintiendo lo que, andando los siglos, habia de llegar á ser), en estos versos que pudieran ser estimados precursores de las exigencias de los críticos modernos. Hablando de lo que debe hacer el Corifeo, á quien ordena sostener los oficios de la virtud, exclama:

«Y la justicia alabe y leyes santas,
Y aquel pueblo feliz donde se vive
En paz á puerta abierta: no presente
Casos de mal ejemplo (3)...»

Sin embargo, después de asentir estas y otras reglas que tanto pueden contribuir á ennoblecer y hacer verdadero el arte; después de echar el cimiento de doctrinas de aplicación eterna y universal, porque se fundan en la observación profunda de la naturaleza humana, y no aspiran á encadenar la inspiración á la roca del mecánico artificio de formas convencionales, dice, hablando de la extensión concedida á la fábula dramática:

«Actos cinco tendrá, ni mas ni menos.
Ni dioses intervengan, si no fuese
Digno de un dios el nudo: ni introduzcas
A razonar el cuarto personaje (4).»

estendiéndose en consignar otros preceptos puramente relativos, que han muerto ya como murieron las necesidades que los crearon, los poetas que los siguieron, y las civilizaciones y los pueblos con los que estaban en armonía. Como ya hemos dicho, la Epístola de Horacio, aunque no llena las condiciones de una verdadera poética, porque tal no fué el objeto que se propuso el autor, nos parece superior al tratado de Aristóteles, del que se separa en mucho, porque en ella vemos mas recomendado el estudio de la naturaleza espiritual, como fuente de las pasiones y caracteres de la estirpe humana.

Peró no obstante su materialismo, dirán algunos, Aris-

- (1) Poética de Aristóteles.
(2) Tomamos estos versos de la traducción debida al Escelentísimo Señor Don Juan Gualberto González, la mas exacta y elegante quizá de cuantas poseemos en castellano; añadiendo al par aquí debajo las palabras del texto latino:
«.....Tristia maestum.
Vultum verba deceni; iratum, plena minarum;
Ludentem, lasciva; severum, seria dicitu.
Format enim natura prius nos intus ad omnem
Fortunarum habitum; juvat aut impellit ad iram,
Aut ad humum merore gravi deducit, et angit;
Post effert animi motus interprete lingua.
Si dicentis erunt fortunis absona dicta,
Romani tollent equites peditesque cachinnum.»
(3) «Ille dapes laudet mensae brevis, ille salubrem
Justitiam, legesque, et apertis otia portis;
Ille tegat commissa...»
(4) «Neve minor neu sit quinto productior actu
Fábula qua posci vult et spectata reponi:
Nec Deus intersit, nisi dignus vindice nodus
Inciderit: nec quarta loqui persona laboret.»

tóteles quiere que la tragedia influya en el ánimo del hombre para mejorarlo, puesto que moviendo á compasión y terror dispone á la moderación de estas pasiones, ó, como dicen otros intérpretes de este oscuro pasaje, causa la purgación de las pasiones, no por narración, sino por vía de misericordia y terror. ¿Y qué es lo que debemos entender claramente por purgar las pasiones? Oigamos á uno de los comentadores mas famosos del Estagirita.

«La tragedia (dice Batteux) es y será siempre un retrato de las infelicidades y de las miserias de la humanidad, que nos enseñará por medio del temor á ser prudentes con nosotros mismos, y por medio de la lástima á ser sensibles y oficiosos para con los otros. Este será siempre un ejercicio del alma en las emociones tristes; una especie de aprendizaje de infelicidad, que nos prepara para los sucesos de la vida, como el soldado que se habilita en las armas por medio de los combates fingidos. En este sentido solo puede tener la tragedia un efecto moral. Querir que la acción de la tragedia sea una alegoría, como una fábula de Esopo, para enseñarnos una verdad, sea ó no importante, es una sutileza que pasa el término propuesto, que no conviene de ninguna manera á las buenas tragedias que hay, y en que no han pensado jamás los poetas antiguos ni modernos.»

Hé aquí el término natural adonde conduce el sistema aristotélico adoptado sin restricciones. Querir que el drama enseñe una verdad, sea ó no importante, es, para los que siguen tal doctrina, una sutileza que no conviene á las buenas tragedias que hay, porque el drama no debe servir mas, según opinan los comentadores de Aristóteles, que para ejercitar el alma en las emociones tristes: esto es, para proporcionar al hombre una especie de ejercicio gímástico de sentimientos, si nos es permitido decirlo así, y tenerlo entretenido. Efectivamente, cuando el maestro dice que la tragedia es imitación, no tanto de los hombres como de los hechos, ¿qué han de decir los discípulos?

Y sin embargo, esos hombres que se ocupan exclusivamente en considerar los caracteres y en atender á las necesidades de la forma; esos hombres para quienes los poetas antiguos y modernos no han querido que sus obras enseñasen verdad ninguna, ¿no ven que las creaciones del arte viven mas por el pensamiento y por el sentimiento que por la forma, y que el ingenio proclama espontáneamente grandes verdades, aun sin tener la deliberada intención de hacerlo, gracias al misterioso poder de adivinación en que estriba su naturaleza?

Además, esos mismos autores á quienes Batteux niega el pensamiento de simbolizar provechosas verdades en sus inspiraciones dramáticas, á la manera de las que Esopo y Fedro presentaban envueltas en sus apólogos, ¿no han hecho en algunas de sus obras, tal vez sin pensarlo y por la intuitiva fuerza del númer, símbolos de una gran importancia civilizadora, con relación al estado social del pueblo á quien destinaban sus creaciones? ¿Qué es el Prometeo de Eschilo sino un símbolo religioso en el que la luz de la razón batalla con el orgullo de unas deidades caprichosas y sensualistas? ¿Qué es la magnífica trilogía de Sófocles sino un símbolo político en el que Edipo, virtuoso emblema de la potestad real, sucumbe á los tiros de una fatalidad implacable enemiga de los reyes? ¿Y qué son muchas de las tragedias de Eurípides sino el primer síntoma formulado de la muerte del politeísmo? ¿Y se querrá negar á la reflexiva poesía de nuestros tiempos lo que aquellos padres del teatro hicieron con la única ayuda de su inspiración creadora? ¿Se querrá todavía rendir un culto idólatra á las literaturas de convención y á los sistemas viciosos, cuando la poesía debe ser hija de la libertad del espíritu?

En literatura, como en todo, á la autoridad caprichosa de las reglas absolutas ha sucedido en Europa el dominio del exámen; y esta nueva crítica que exige en las obras de arte algo mas que la belleza exterior, y que busca entre el oropel de la forma el oro del pensamiento, ha abierto en nuestra opinión nuevas sendas á la fantasía, y ha dilatado considerablemente los horizontes del arte.

Interin vemos cuál es el carácter de esta nueva poética que pudiéramos llamar espiritualista, y comprendemos en qué se diferencian las doctrinas de Chateaubriand y de Schlegel, de Madama de Stael, Victor Hugo y Manzoni, de los principios de Aristóteles y Horacio y de los cánones de Boileau, contentémonos con rechazar lo que pudiera llevarnos á un materialismo infecundo; no olvidemos que la primera palabra que pronunció el Hacedor fué luz, y que la luz es tambien el órgano de la divinidad en el alma humana (1).

MANUEL CAÑETE.

EL AMOR DE LA PATRIA.

De todas las pasiones y sentimientos que agitan y dominan al hombre, ninguno es mas noble y generoso que el amor á la patria, ora sea al pueblo ó lugar en que hemos nacido, ora á la nación á que pertenecemos. El que nunca ha dejado el punto en que vive desde su infancia, tiene un deseo vehemente de salir á otros países; se figura en su imaginación los goces y placeres que disfrutan los que andan viajando ó han ido á aclimatarse en tierras lejanas. Sobre todo, si el que se encuentra en este caso es hombre de fantasía y de vivas sensaciones, semejante deseo puede convertirse en una necesidad ó en un aburrimiento, si no encuentra objetos á su alrededor que satisfagan su avidez. Entonces piensa en el bullicio y el tumulto de las ciudades populosas; en la brillantez y magnificencia de las grandes reuniones y asambleas de todo género; en los honores y condecoraciones; en la fama y prestigio que se adquieren en las cortes y en las primeras capitales; en la reputación, que crece con las distancias; en las maravillas y preciosidades del arte y de la naturaleza que se ostentan en otros climas. Movido por tan fuertes impulsos abandona sus hogares, creyendo que su felicidad consiste en disfrutar de todos estos encantos. Se lanza al laberinto del gran mundo, y entonces un espectáculo nuevo y sorprendente se despliega á su vista. Por mas que entre en él falto de ilusiones, muchas tiene todavía que perder, muchas esperanzas que ver frustradas, muchos contratiempos que sufrir, muchas amarguras que devorar.

(1) Herder.

Pasados algunos años de vicisitudes y de trastornos, de seguir tras esa fantasma que se llama felicidad, de haber gozado de todas las diversiones que ofrece la vida, de haber recorrido provincias y naciones diversas, y de haberse proporcionado una subsistencia cómoda y asegurado su porvenir, un sentimiento permanece incesante en el fondo de su alma: el de volver al lugar en que ha respirado por la vez primera. Pero ¡cuánta diferencia! Llega, y quizá su familia se ha dispersado ya: en otra época recibía las caricias de su madre; ahora sólo encuentra la losa de su sepulcro. Sus hermanos también murieron, y sus hermanas pasaron á otras familias, y ausentes del techo paterno siguen la suerte de sus esposos.

¡Cuán rápidamente huyen los años de la inocencia! ¡Cuán poco subsisten los hijos alrededor de sus padres! La casa paterna ya no le pertenece; ha pasado á poder de un extraño que le dió nueva forma; y hasta el huerto en que tantas horas tranquilas y deliciosas ha consagrado á la lectura, á la amistad y al esparcimiento, fué vendido para remediar las desgracias que han abrumado al autor de sus días, cuando estaba próximo á exhalar su último aliento. ¡Todo ha desaparecido! Melancólico y desesperado se encamina al cementerio, donde lee los epitafios grabados sobre las lápidas que encubren los restos mortales de sus parientes y amigos, y donde percibe el siniestro murmullo de los árboles funerarios que doblan su ramaje encima de las tumbas, en tanto que él inclina su cabeza al peso de recuerdos tristes y desgarradores.

No puede dar un paso sin que asalten su mente ideas alegres y desconsoladoras á un mismo tiempo: la campiña risueña y florida, la mar que mueve sus ondas apacibles, el suave susurro de los árboles, el arroyo que se desliza por la pradera, el canto del ruiseñor en la selva, el tañido penetrante de la campana, todo le trae á la memoria sus primeros juegos y sus primeros amores. En otro tiempo los miraba con indiferencia; mas ahora que contempla lo pasado derrama lágrimas de amargura. ¡Ah! no volverán, no, aquellos momentos envidiables en que, lleno de entusiasmo al lado de su amada, la juraba una constancia eterna; en que el corazón no había sufrido aun duras lecciones ni crueles desengaños; en que en medio de las armonías de la naturaleza y en medio de expresivas y ardientes miradas, se mecía en los arrullos de una dicha celestial, creyendo en el amor y en la fidelidad de una mujer á quien había revelado sus mas ocultos secretos é inspiraciones, y á quien adoraba como á la compañera de su existencia. Todo se ha desvanecido cual ligera nube impelida por el viento: ahora puede decir como el malogrado Espronceda:

«Para mí los amores se acabaron,
El mundo entero para mí acabó;
Los lazos que á la tierra me ligaron
El cielo para siempre desató.»

Los compañeros de su juventud han marchado; por todas partes ve personas desconocidas; es ya otra generación que á su partida estaba en la cuna, ó que aun no existía. Los edificios están demudados: donde había unas ruinas aparece una casa recientemente construida; el castillo ruinoso y coronado de yedra, se ha trasformado en un paseo público; un teatro ocupa el lugar en que antes se elevaba un templo; los sitios en que se reunía con sus amigos, presentan en la actualidad un monton de escombros. Se detiene á considerar estas variaciones, y los que pasan se preguntan, ¿quién es este extranjero?

El patriotismo es el germen mas fecundo de las acciones sublimes y heroicas. El lanza al gran Camilo á salvar el Capitolio sitiado por los galos, por mas que Roma le habia condenado injustamente al destierro. El coloca el puñal en las manos de Catón de Utica, que prefiere la muerte antes de ser testigo del envilecimiento de la ciudad eterna. El hace arrojar la espada de Guzman el Bueno para que inmolen á su hijo, triunfando de los sentimientos mas tiernos y delicados.

Y acercándonos á nuestra época, contemplad ese hombre extraordinario sobre cuya frente brillaba la estrella del genio; ese general incomparable, cuyas falanges aguerridas atravesaban desde los arenales del Cairo hasta las nieves de Moscow, y cuyos estandartes victoriosos ondeaban sobre los muros de Roma, de Viena y de Berlin; ese emperador cuya voluntad omnipotente era obedecida por todos los pueblos, mudos y aterrados. Contempladle despues vencido en Waterloo; abandonado de todos; solitario en la inmensidad del Océano; y teniendo apenas un escollo que le sirviese de tumba!!! En los últimos días de su existencia se complace en recordar su querida Córcega, se le representan á la imaginación sus bosques, sus campiñas, y cree respirar el perfume de sus flores. A la hora de su muerte, dice: «Deseo que mis cenizas descansen á las orillas del Sena, en medio del pueblo francés á quien tanto he amado!...»

El instinto de la tierra natal no se entibia ni desaparece con la distancia; al contrario, se fortifica mas y mas. Triste es la postrer mirada que dirige el proscrito á las playas de su patria; triste es ver flotar en el aire su pabellon en tierra extranjera. En vano todos le habrán olvidado, en vano le habrán mortificado con desprecios y sinsabores; no por eso es menor su deseo de volver á su nacion, á su pueblo, á su aldea, á su casa materna, aun cuando esté rodeada de riscos y precipicios, aun cuando sea un suelo inculto y agreste, y un clima mal sano.

Los habitantes de la Siberia y de Laponia viven tranquilos y contentos en sus guaridas debajo de tierra, sin que pretenden disfrutar las comodidades y los goces de otras regiones.

Hasta los salvajes tienen un cariño instintivo á su país, y por eso se ha conservado como un rasgo de elocuencia natural la respuesta que un jefe de una tribu de aquellos dió á unos misioneros: «Nosotros hemos nacido en esta tierra; en ella reposan los huesos de nuestros padres. ¡Diremos á los huesos de nuestros padres, levantaos y venid con nosotros á buscar una tierra extranjera?»

El amor de la patria no es enteramente lo mismo que el patriotismo: aquel es de todas personas, tiempos y circunstancias, es un sentimiento instintivo é irresistible: en algunos casos se convierte en una afección física, la *nostalgia*, que puede producir la muerte si no se le aplica el remedio específico: el patriotismo es el amor de la patria llevado á su mas alto punto, á la heroicidad, y ejercido en situaciones difíciles y solemnes, distante de la manera general y rutinaria de obrar

de los hombres, y á veces hasta contra las inspiraciones de la misma naturaleza: por ejemplo, Codro, Junio, Bruto, etc. El patriotismo, colectivamente considerado en las naciones, es la pasión mas vehemente y arrasadora; es la lava volcánica que todo lo inunda y estermina, ó es la montaña de roca contra la cual se estrellan impotentes las olas embravecidas y las tempestades desencadenadas. Ora las falanges de la república francesa del siglo pasado, rechazando á los ejércitos de casi toda Europa coaligada, y persiguiéndolos mas allá de las fronteras, al compás de la Marsellesa; ora el pueblo español que se levanta formidable contra la perfidia de un usurpador, recordando al mundo consternado el valor de Sagunto y de Numancia.

¿Por qué pues es demasiado cierto el proverbio de que nadie es profeta en su patria? ¿Por qué el hombre se ve precisado á abandonar el país en que ha nacido para ir á buscar suerte en provincias ó reinos lejanos? El hecho es cierto en muchos casos, tal vez en la generalidad: su explicacion no está recóndita. El orgullo y la envidia no pueden sufrir con paciencia que el niño que hace pocos años jugaba y se divertía por las calles, que siendo jóven tuvo algunas ligerezas é imprudencias propias de la edad, pero que no suponen un corazón perverso, aparezca despues de haber pasado algunos años y vicisitudes, despues de haber frecuentado el gran mundo, corrido diferentes países, y atesorado una vasta instrucción, con un predicamento lisonjero y envidiable que le da derecho á exigencias justificadas por sus antecedentes, por sus nobles sentimientos, y por las ventajas que ofrece quizá á ese mismo pueblo que le mira todavía con indiferencia, que evoca otros tiempos y otras situaciones, y que prefiere no tener un defensor celoso de sus intereses, á ver con fama y prestigio al hombre que ha visto nacer. Tales son los instintos de la especie humana: esponerse á perder, con tal que pierdan aquellos cuyo engrandecimiento rehuimos; dejar de ganar, como otros tampoco ganen. Esos pueblos empero que abrigan semejante modo de pensar, sufrirán tarde ó temprano el castigo que merecen. Cuando llegue la hora del peligro, cuando vengan enemigos armados á querer arrebatarse los derechos y títulos que justamente les corresponden, cuando pretendan hacer valer sus privilegios ó regalías, ó se trate de su provecho; entonces no tendrán ningun individuo de su seno, ningun hijo favorecido que salga á luchar en la palestra. Esos pueblos se verán obligados á recurrir á la protección de personas extrañas y advenedizas, que solo aparentan simpatías para explotar mejor la posición en que se les coloca, con el fin de conseguir lo que se habian propuesto, burlándose despues de la necia credulidad de los mismos que los han encumbrado, y abandonándolos á sus propias fuerzas. Esos pueblos se encontrarán solos, aislados, sin auxilio, sin porvenir, cual naufrago zozobrando en medio de las olas, sin que nadie le socorra, sin ver una tabla de salvacion ó una isla hospitalaria en que pueda sentar su planta vacilante. Verán sus carreteras intransitables, sus comunicaciones interceptadas, sus rios y muelles inutilizados, sus puertos silenciosos y solitarios, donde no se oye sino el siniestro canto de alguna ave marina que ha reemplazado al bullicio y al movimiento del comercio y de la civilizacion que en siglos anteriores animaban sus riberas.

Esos pueblos están condenados á la nulidad y á la impotencia, como fueron condenadas al fuego aquellas famosas ciudades que merecieron la cólera divina. Mas, afortunadamente, no todos los pueblos ni todas las naciones son ingratos. Si Cervantes, si Comoens, si el Tasso fueron á la vez la gloria y el baldon de su patria, en cambio, grandiosos panteones, innumerables obeliscos y otros monumentos, demuestran la apoteosis de los grandes hombres. El sepulcro de Escipión es un sarcasmo contra Roma; pero la columna de Trajano enseña al mundo que en medio de la inmoralidad y de la abyección, todavía los méritos y las virtudes son los ídolos que se inciensan y se adoran. La posteridad, que es la vida en que viven eternamente los varones insignes, levanta estatuas, construye magníficos cenotafios en loor de los que de cualquier modo se sacrifican por la felicidad del género humano. La posteridad remueve del olvido las cenizas del héroe, disputa su dominio, y las traslada entre las aclamaciones y el entusiasmo á enormes distancias. La posteridad, en fin, nos da el dulce consuelo de que existe en la tierra una justicia absoluta, que es un destello de la divinidad.

Feliz el hombre que al fin de sus días se halla rodeado de su familia en el pueblo en que ha nacido; que recuerda con orgullo sus pasadas glorias consagradas á su patria; que ve aproximarse la hora de bajar al sepulcro, en medio de los encantos de la religion, teniendo una mano amiga que vaya á cerrar sus ojos, y personas queridas que reciban su último suspiro y derramen una lágrima sobre la losa de su tumba. No á todos cabe la misma suerte: otros se ven condenados á la soledad y al aislamiento, sin un corazón que los consuele, sin encontrar un ser que responda á su destino; errantes como si llevasen sobre sus frentes un sello de reprobación ó de ignominia, espuestos á todo género de privaciones y de infortunios, hasta que postrados en el lecho del dolor y abandonados de todo el mundo, ó no viendo á su alrededor sino fisonomías extrañas é indiferentes, concluyen su existencia sin cir una palabra cariñosa, sin escitar ningun recuerdo, pasando desapercibidos é ignorados cual insecto imperceptible que se desliza por entre la yerba que pisamos, y pudiendo esclamar con Chateaubriand: «Siendo tan corta la vida, es igual haber aterrado los pueblos con el estampido del cañon, ó haber en cantado los bosques con los sonidos de una flauta.»

ANTOLIN ESPERON.

LA VIUDA VERDE.

Conozco mas de una viuda á cuyas manos llegará este artículo, que se declarará mi enemiga en cuanto haya leído el epígrafe que le encabeza. Temerosa tal vez de que yo saque á plaza ciertos achaques anejos al estado de viudez, rasgaría el número de LA ILUSTRACION si no contuviera su mano la curiosidad de saber qué podrá decir de una clase que es la que entre el bello sexo goza de mayor independencia, y por consiguiente la mas envidiada de solteras y casadas: escurriré entre estas últimas á mi querida esposa, á quien no quiero ver arrugar un poco el ceño porque se figure que dudo del gran pesar que la

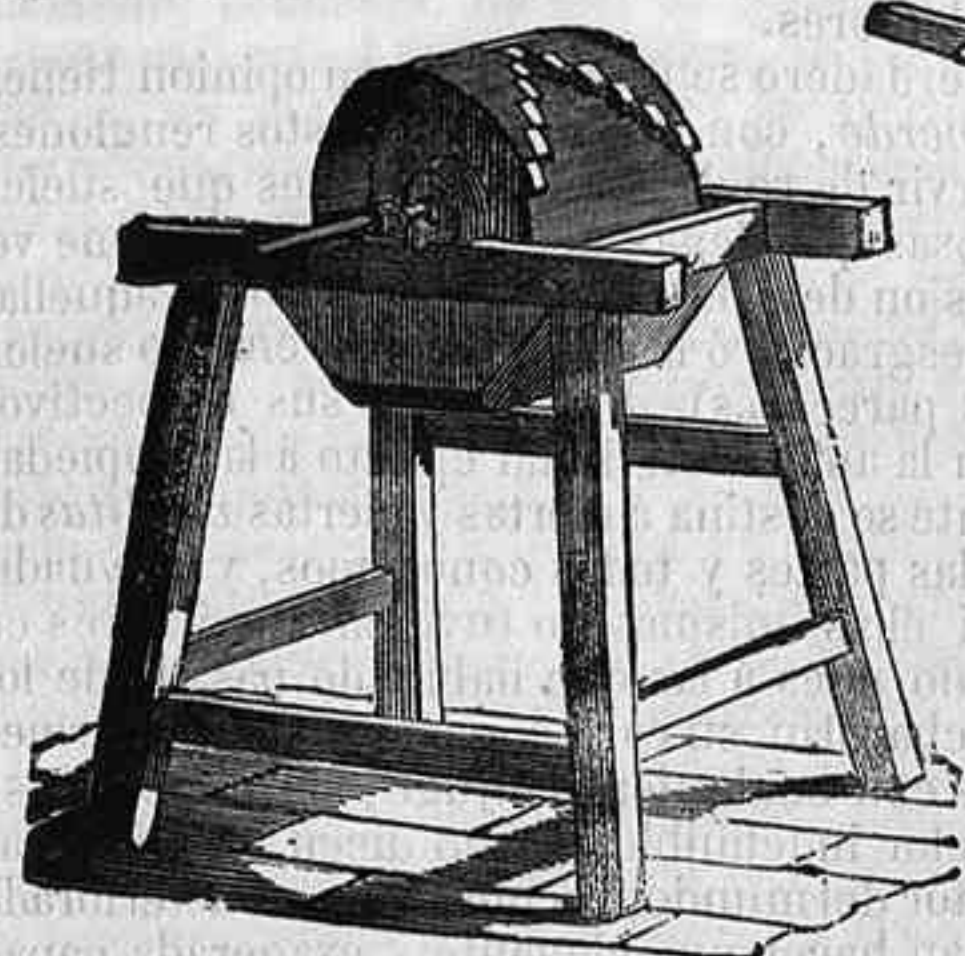
causaría el pasar á nuevo estado. Pueden hacer tambien extensiva la escepcion anterior á las suyas, aquellos maridos que como yo tengan las mayores pruebas del cariño de sus consortes, quienes á pesar de todo lo dicho, al tratarse de enviudar querrian ser ellas las viudas: deseo muy natural, y con el cual me conformaría si no fuera por razones de importancia que comprenderán mis lectores.

Si para fijar el verdadero sentido que en mi opinion tienen las palabras *viuda verde*, con que encabezo estos renglones, me hubieran de servir de regla las pretensiones que suelen tener todas las esposas que llegan al estado de viudez, me veria en la dura precision de calificar de *verdes* á todas aquellas que han tenido la desgracia, ó la fortuna (pues en esto suelen andar discordes los pareceres), de perder á sus respectivos esposos, faltando en la aplicacion de tal epíteto á la propiedad con que generalmente se destina á ciertas y ciertas *viuditas* de esas que hay en todas partes y todos conocemos, y que nadie diría que lo son, si ellas mismas no tuvieran un interés en manifestarlo. Dejando pues á las que habiendo pasado de los cincuenta veranos, charolan su cara con blanquete y bermellon; tienen sus canas con cualquier menjuge, logrando que su pelo quede de un color indefinible, segun dicen las historias que era el del Redentor del mundo; recomponen su deteriorada dentadura; se mandan hacer una elegante y exagerada papalina, con grandes lazos encarnados, verdes, azules y de color de yema de huevo; riñen todos los días con las modistas al mirar su deforme cintura, porque quisieran que el arte arreglase lo que los años han desarreglado, y cantando un constante poema al ministro que mejor las paga, se van todas las noches á casa de alguna amigueta á jugar á la lotería, la aduana, ó la peregrina (juegos que, dicho sea de paso, tienen grandes alicientes en las reuniones caseras donde hay niños, amantes afortunados, gran camilla con su correspondiente tapete de bayeta verde), porque aun cuando les gusta apuntar alguna pesetilla al monte, hoy se corre la eventualidad de que el garito sea sorprendido, y los nombres de los jugadores salgan á la vergüenza en el *Diario*, y despues en todos los periódicos, siendo lo peor todavía que se escriban algunos de personas que no fueron halladas en el tahur; nos ocuparemos en relatar lo mas brevemente que podamos las cualidades de la *viuda verde*, sin que se nos dé un ardite de que se incomoden todas aquellas que, aun pretendiendo serlo, las dejaremos á un lado como moneda columnaria que por gastada no puede pasar, especialmente con el primer valor que tuvo.

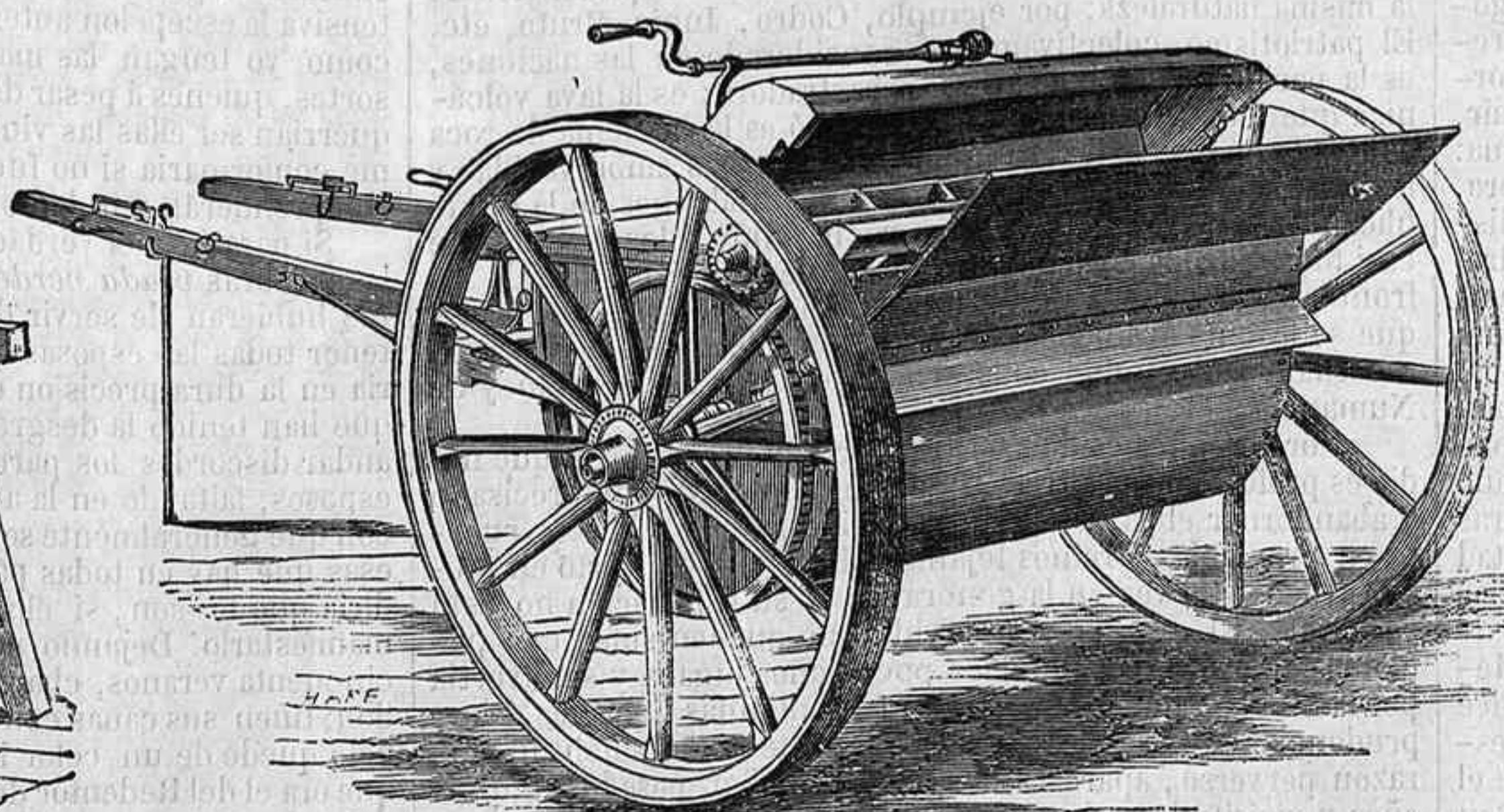
La *viuda verde* suele tener dos procedencias: ó de marido viejo, ó de marido jóven. Regularmente la niña que se casa con un viejo, hace este sacrificio, ó por gratitud (que suelen ser las menos), ó por interés, que es lo que en nuestro siglo se llama *razones de conveniencia*, y quizá en el venidero, si hablan con mas franqueza que nosotros, denominarán *operacion comercial*, ó sea *venta*. En este caso, si el marido deja buena cosecha de peluconas, y un hijo que las herede, para que su mamá las disfrute, hay en el duelo unas cuantas escenas de sainete, ataques de nervios, llantos y pucheros, amigos de la interesada que la consuelan, y algunos otros del *marido-victima*, que encanecidos y arrugados ya, toman parte en los coros de aquella comedia, en que los verdaderos protagonistas son: un viejo chocho que estuvo ahorrando dinero toda su vida con que comprar una jóven linda, amable y cariñosa con todos menos con su esposo; y una niña que al vestirse de luto, lo primero que la ocurre es mirarse al espejo, para ver qué tal la está el traje negro. Al viejo chocho se le llevan á enterrar con mayor ó menor pompa, segun el dinero que ha dejado, ó el que quieren gastar sus herederos, conforme á la mas ó menos vanidad que tengan; la niña se hace cargo de que hay que conformarse en estos casos, como en todos, con la voluntad del Señor: recuerda con agrado los consuelos que la han prestado todos sus amigos, y especialmente un jóven sensible y elegante, que cumpliendo con lo que disponen las obras de misericordia sobre *consolar al triste*, se ha encargado con una caridad digna del mayor elogio, de llenar tan piadoso deber: pasados algunos días, el difunto reposa tranquilo en la mansion de las sombras (como diria un antiguo escritor romántico); y la jóven, amable y bella esposa, queda convertida en una *viuda verde*, que comienza á ser el sueño dorado de tal cual mozo, quien cansado de rodar por el mundo, y de hacer lo que con mucha propiedad se llama el oso, el tigre y hasta el buey, ya paseando calles, asaltando balcones, visitando ventanillos de puertas de escalera, ó ya diciendo flores á rubias, morenas y blancas, persiguiendo á fregatrices, doncellas de labor, oficiales de modista y huérfanas desvalidas; se decide por una mujer de juicio y esperiencia, con quien en brazos del dulce himeneo (y aquí del susodicho escritor romántico) piensa pasar una vida tranquila, apacible y llena de bienaventuranzas, por los siglos de los siglos *amen*...

En cuanto á la viuda de marido jóven varia un poco la escena, aun cuando algunas situaciones tengan gran analogia con las descritas anteriormente. Suponiendo, y esto no pase de una suposicion, señores, que la mayor parte de los matrimonios de jóvenes se hacen por amor, y que á los pocos años de consorcio no han de estar cansados los unos de los otros, ya por algun pecado de lujo, coqueterías y celos de ellas, ó ya por alguno, y estos suelen ser frecuentes, de inconstancia, indiferencia y abandono de ellos, amen de otros mas ó menos graves que suelen surgir entre esposos, de los cuales no diría yo á ninguno *ego te absolvo*; y suponiendo, digo, que en todos los matrimonios haya paz, dinero, amor y confianza, lo cual es agrandar ya mucho el terreno de las suposiciones; todavía es muy difícil que la muerte de un marido jóven ocasioné á una *viuda verde* la renuncia mas solemne y completa á las conquistas, que dan los pocos años, la hermosura y la riqueza, que tanto halagan la vanidad del bello sexo. Sin embargo, el dolor que produce en el corazón de una esposa la muerte de su marido, es siempre mas vehemente, y tambien mas duradero si era aquel jóven, que viejo, por lo cual la *viuda verde* del primero se sacrifica mas tiempo á su memoria, que la del segundo, aun cuando al fin y al cabo ambas se enamoren, ó por lo menos hagan por enamorarse.

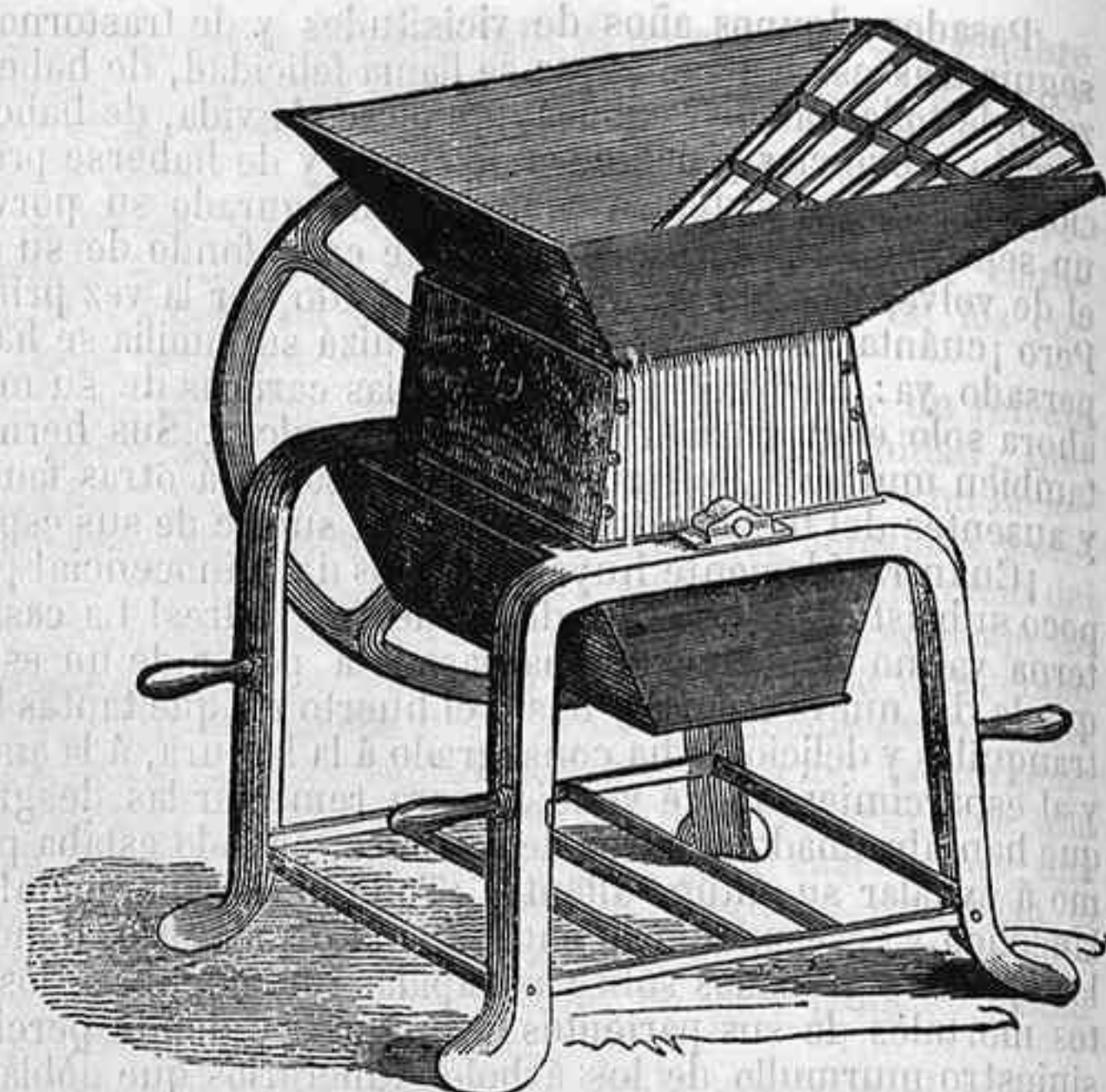
Llegado el caso de viudez, ya el marido fuese jóven ó viejo, para que á la viuda se la pueda añadir el epíteto de *verde*, es preciso que cuente de veinte y cinco á treinta y cuatro años á lo mas, se encuentre bien conservada, con pocos hijos, una fortuna regular, y tenga buen método para gastarla; aparen-



Mecanismo para cortar legumbres.

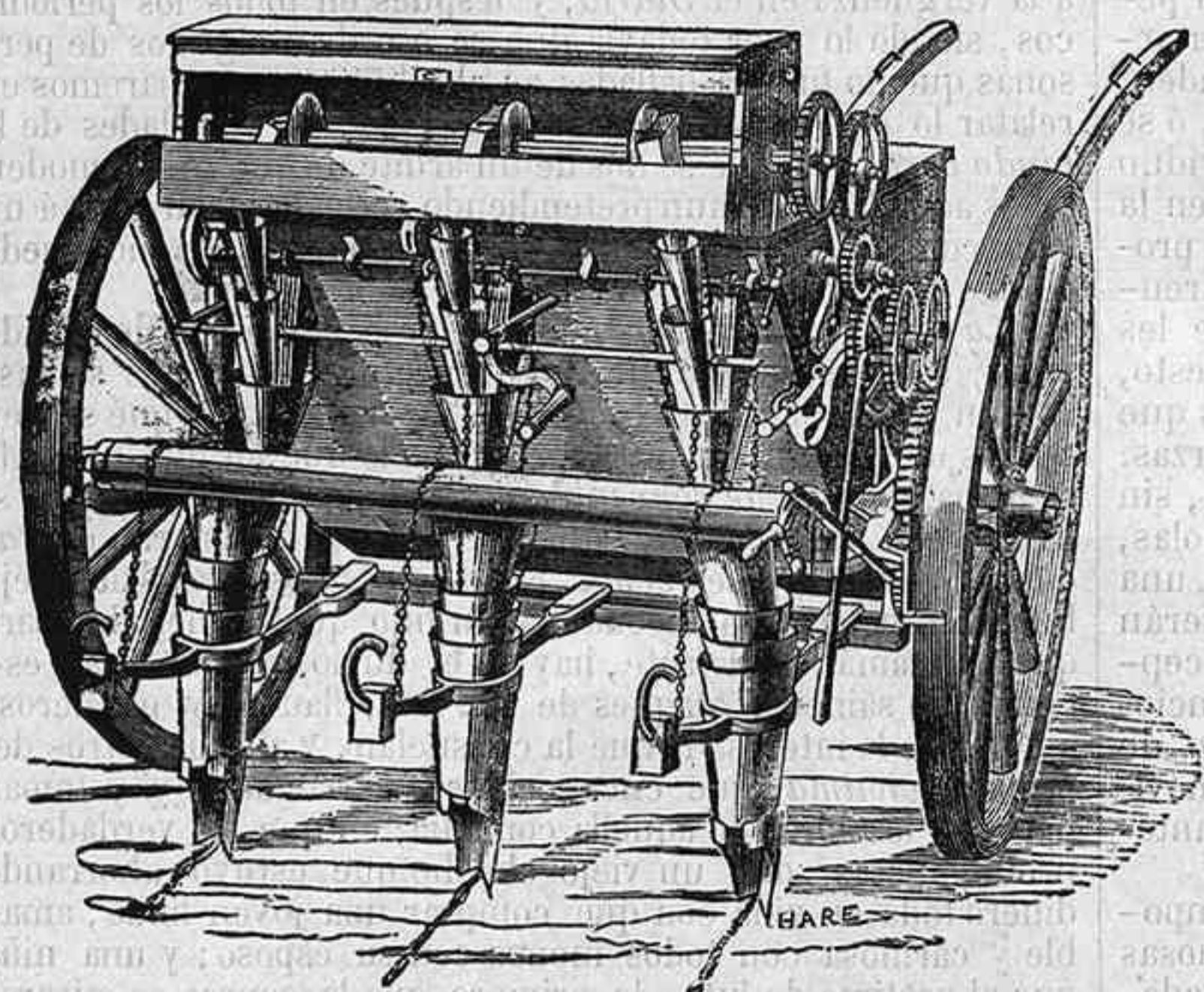


Carreta para abono.



Máquina para cortar legumbres.

tando mas riquezas de las que en realidad posea. Con estas condiciones, la viuda verde, apenas enjuga la última lágrima que vertió por el difunto, se viste muy bien de luto, y acompañada del niño mas pequeño que la quede, pasea por sitios retirados, pero por donde haya gente; admite en su casa algunos amigos de confianza; suspira de vez en cuando; habla del mérito de su esposo; refiere con entusiasmo sus amores, las dificultades que tuvieron que vencer,



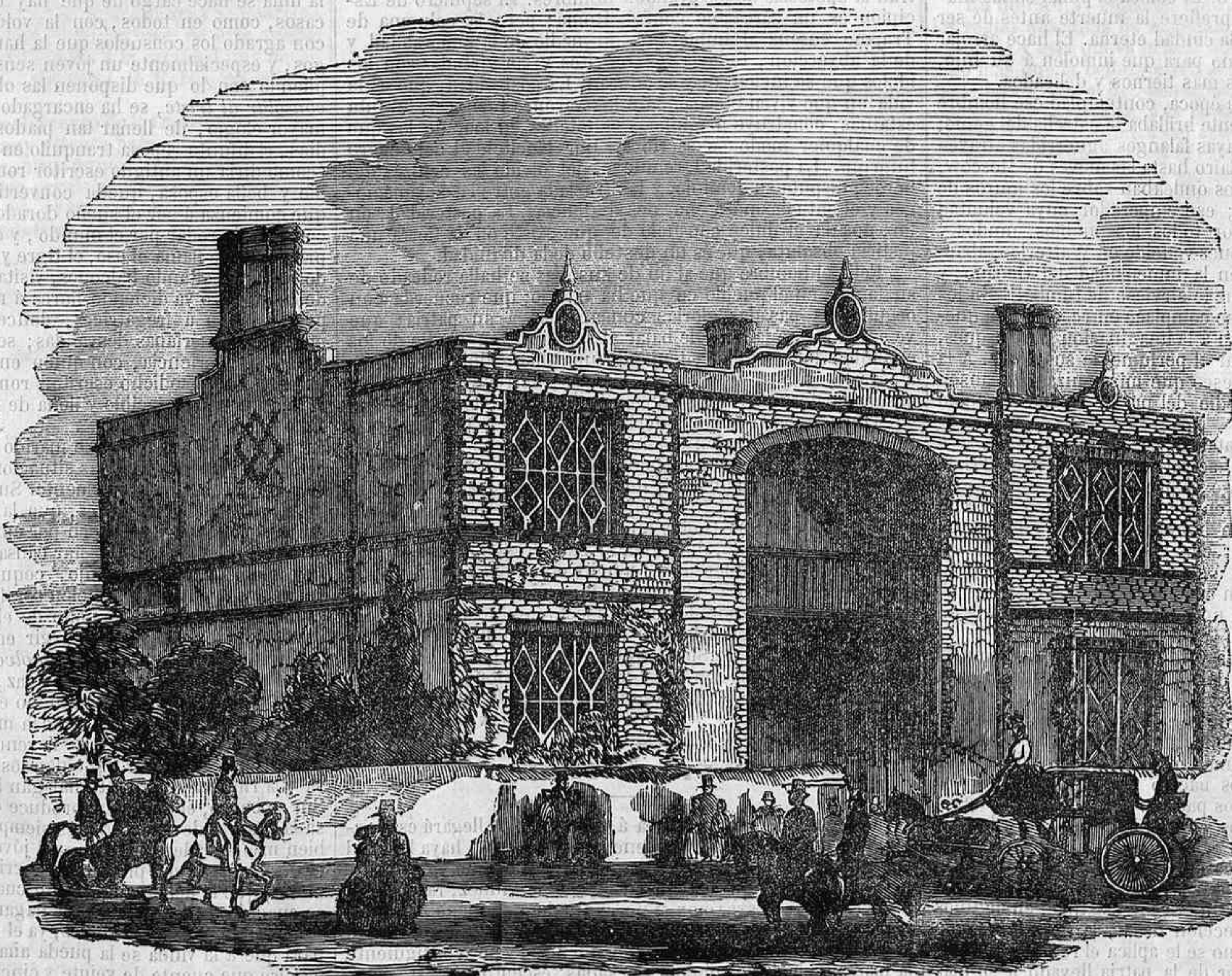
Carreta sembradora.



Americana.

sus sacrificios, y por último se lamenta de la pérdida del magnífico porvenir que la esperaba, y lo difícil que la será volver á encontrar un momento de dicha en medio de su soledad y amargura.

Pasa el primer año, que es como si dijéramos el prólogo de una obra cuyo desenlace prevé todo el mundo: la viuda verde cambia sus lutos por los trajes mas elegantes que han llegado de París: baja diariamente al Prado á pasear con su niño ó niños, si no pasan de dos: como muger independiente se deja acompañar de cualquier amigo de confianza, siempre que el tal amigo sea sugeto de una posición que halague su vanidad: oye flores y galanterías de esa turba de hombres que pululan y se multiplican por todas partes con humor de enamorar á cuantas encuentren: dirige á este una mirada de esas en que los amadores leen una declaración entera, mas larga y aduladora que un artículo de un diario ministerial; á aquel una sonrisa encantadora; al otro un movimiento de cabeza que le seduce; al de mas allá una palabra de queja porque no fué á visitarla la anterior noche; y final-



Casa-modelo.

mente, á cada cual le habla en el tono que mas le ha de agradar, consiguiendo con esto llevar siempre en pos de sí una larga cohorte de adoradores, especie de estado mayor á quien mandar á lo general en jefe. Muger de mas cabeza que corazon, tiene todas las pretensiones y aspiraciones de la soltera; pero une á esto una diplomacia un tanto maquiavélica para dirigir y coordinar sus planes, que son por lo regular pasar á segundas nupcias, pero mejorando. Por eso entre sus adoradores elige aquel que cree que puede llenar mejor sus ambiciones, y comienza á tenderle redes tan enmarañadas, que rara vez suele escapársele su víctima: para un caso imprevisto continúa alimentando las esperanzas de otro ú otros que puedan reemplazar á su elegido. En esta clase de coquetería la viuda verde es generalmente muy maestra, porque presidiendo á todas sus operaciones el cálculo, su frio corazon solo ve en las pasiones de los demás un instrumento de que valerse ella para conseguir un fin.

Como dueña de su voluntad, dedica las noches al teatro ó á las tertulias y bailes, donde todavia le gusta to-

mar parte en alguna polka ó varsovia; pero si se eclipsa este astro por algunos meses, y deja de alumbrar en el Prado, en los teatros y tertulias, no lo atribuyais á falta de salud ni á ocupaciones, sino á la interposicion de algun otro planeta de los muchos que en derredor de ella giraban, y que tarde ó temprano llega á ser su satélite, cediendo á una fuerza especial de atraccion.

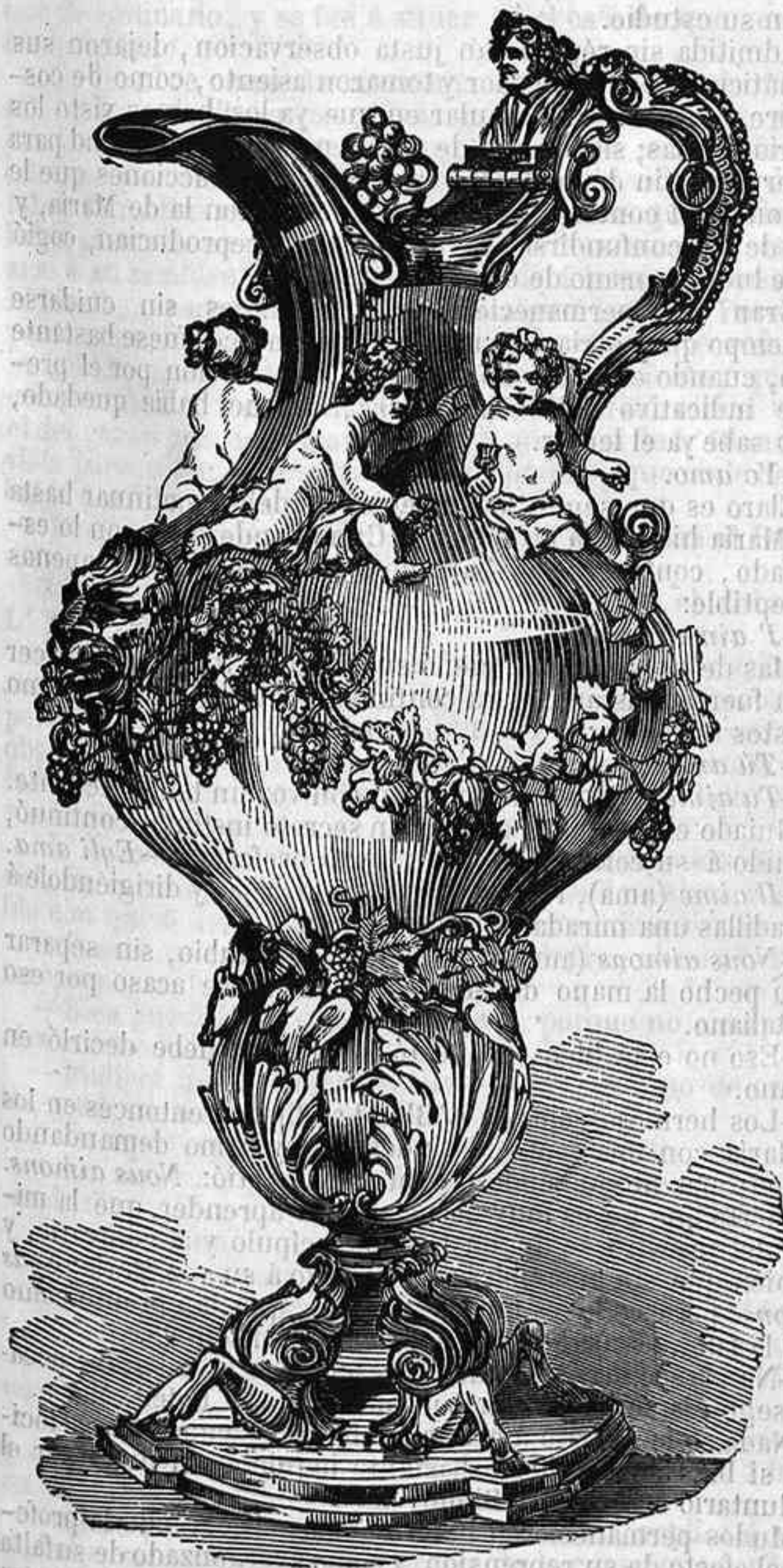
Finalmente, lectores, la viuda verde, si sabe aprovechar los primeros años de viudez, suele hacer un buen casamiento, gracias á su esperiencia y táctica en materias amorosas; pero si demasiado apejada á su vida independiente se acostumbra á respirar una atmósfera de adulacion y galanteria, de ambicion y pretensiones, verá pasar un año tras otro, y con ellos desvanecerse una porcion de cálculos que se convertirán en canas y arrugas, que inspiran despues mucho respeto y consideracion, pero que indican á tiro de ballesta que tiene que renunciar al agradable nombre de viuda verde, cuyos atractivos han enloquecido á tantos...

No obstante lo dicho, creo que nada haya tan agradable en este pícaro mundo como el ser correspondido en amores por una viuda verde...
EL BARON DE ILESAS.

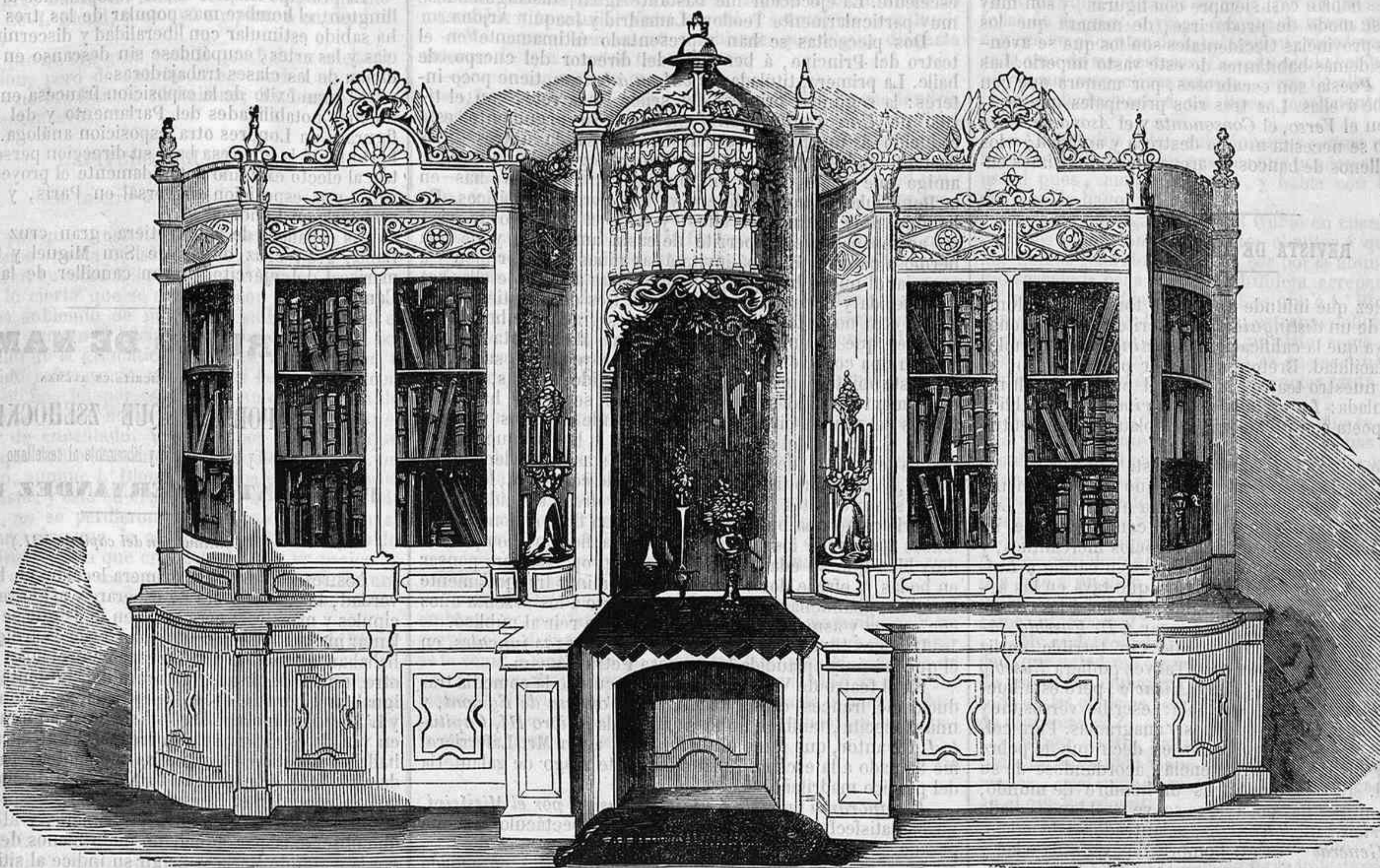
Descripcion geográfica del reino de la Poesia.

(Conclusion.)

La capital es la *Elegia*, ciudad rodeada de grutas, de rocas y de bosques, en donde se encuentran de trecho en trecho varios lugares de bastante estension, y algunos de ellos muy hermosos, como son la aldea *Bucólica*, la villa de las *Canciones*, y un pueblito llamado *Soneto*. En un picacho muy agudo está el *Epigrama*, pueblo de cortísima estension, pero muy gracioso. En la estremidad meridional del reino se encuentra la ciudad de la *Sátira*. Sus aguas son sumamente salobres y picantes; lo que contribuye á que sus habitantes sean de un temperamento descontentadizo, bilioso y mordaz. Prosperó mucho este distrito en tiempo en que tuvo dos gobernadores llamados *Juvenal* y *Persio*, los cuales dejaron á sus sucesores reglas acerta-



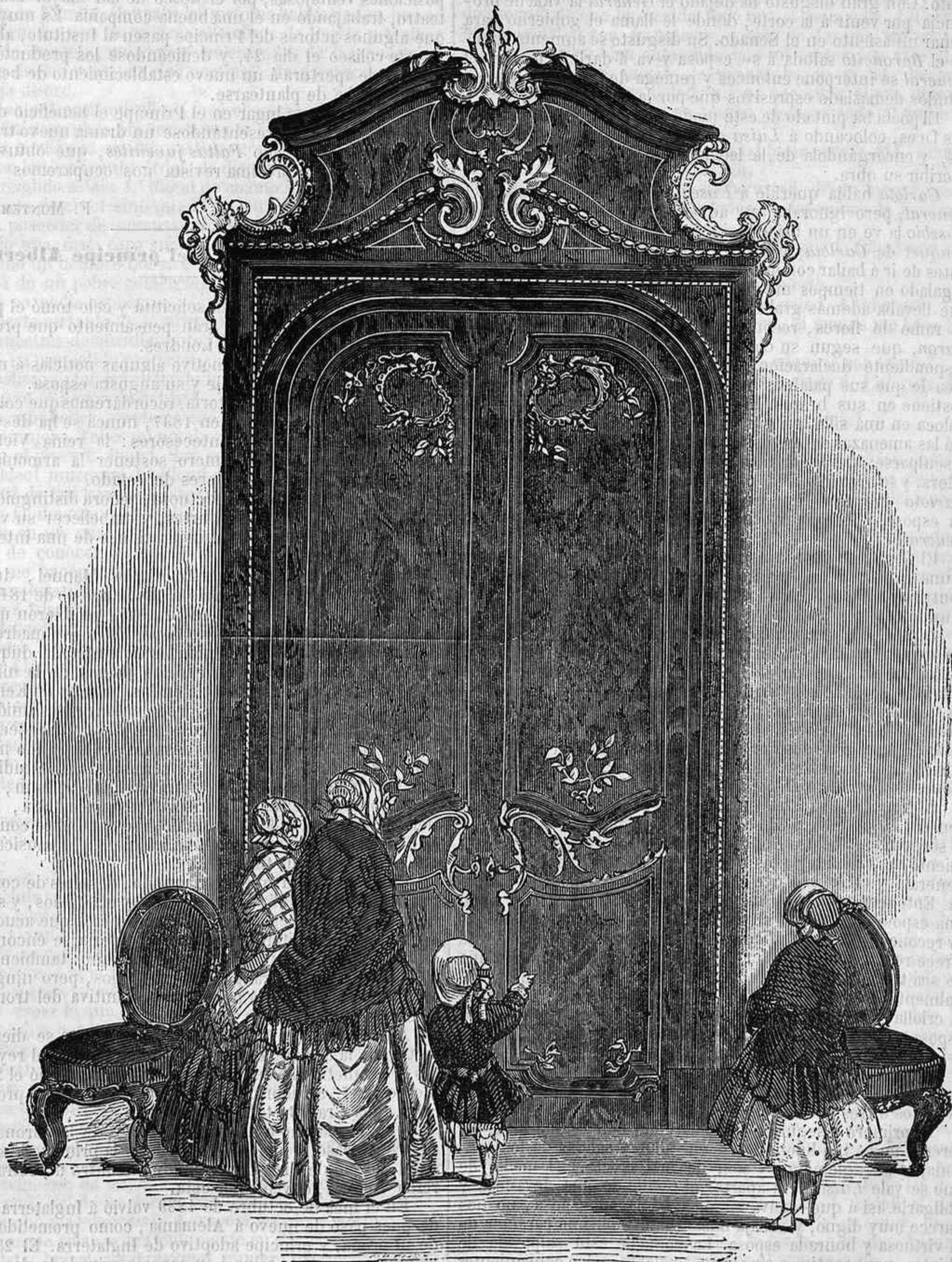
Jarron para vino.



Biblioteca L'nada.

das para el buen régimen de aquel país. En la estremidad septentrional se halla un pequeño distrito inculto, con tres pueblecillos muy desbaratados y casi destruidos. Llámanse *Anagrama*, *Acrostico* y *Enigma*. Sus habitantes son gentes de mal gusto y muy ignorantes.

El reino de la Poesia por la parte del Norte es bastante frio. Sus habitantes son robustos y bien formados. Los que habitan al Mediodia, á veces por efecto del clima muy cálido, desvarian; pero á vuelta de esto son muy expresivos y agudos en su produccion, con una imaginacion brillantísima que encanta y arrebatada. Los que ocupan las pro-



Puerta de malaquina.

vincias orientales hablan casi siempre con figuras, y son muy exagerados en su modo de producirse, de manera que los que viven en las provincias Occidentales son los que se aventajan á todos los demás habitantes de este vasto imperio. Las montañas de la Poesía son escabrosas, por manera que con dificultad se sube á ellas. Los tres rios principales que atraviesan el país son el *Verso*, el *Consonante* y el *Asonante*. Para pasar el primero se necesita mucha destreza y agilidad; y los otros dos estan llenos de bancos de arena que muchísimos encañan en ellos.

REVISTA DE TEATROS.

Con la timidez que infunde el respeto tomamos la pluma para ocuparnos de un *distinguidísimo* escritor: permitásenos el superlativo, ya que la calificación de *distinguido* se emplea hoy con tanta facilidad. Breton, el primer poeta cómico, el regenerador de nuestro teatro, ha dado al público su última producción, titulada: *La escuela del matrimonio*. El público ha recibido al poeta con júbilo y le ha aplaudido con entusiasmo.

Dirémos algo sobre el argumento de esta comedia. *Luisa* es el tipo de la muger casada, que ama ciegamente á su esposo, sin que este amor lo debilite la ausencia. *D. Luciano* es un millonario que se fastidia al considerar que no tiene el menor contratiempo en sus negocios mercantiles, y procura desear su mal humor ofreciendo su cariño á *Luisa*. *Doña Micaela* es una señora mayor, que raya en los sesenta, que conserva un exterior pasable, gracias á los recursos de tocador, y que ha logrado pescar á *D. Eusebio*, joven de buena figura, y que cometió tan terrible desliz atraído por el poderoso iman del oro. Tal vez pudiera *Eusebio* llevar con paciencia las arrugas de su *Micaela*, pero esta buena señora tiene un vicio insuperable: escribe versos muy malos, y acusa á su marido con idilios y anagramas. Para colmo de males es celosa, y escusado es decir que el pobre *Eusebio* sufre y suspira con frecuencia, acordándose de su perdida libertad. El *Conde de**** es un hombre de mundo, casado con una muger hermosa, que se ve también asediada por un *D. Federico* y un *Baroncito*, galanteadores de oficio. Finalmente, el *General**** es un hombre de avanzada edad y gotoso por contra, que tiene por esposa á una linda joven, llamada *Carlota*, la cual á pesar de la diferencia de edad, sufre con resignación todas las impertinencias de su carácter violento. Con gran disgusto ha dejado el *General* la vida de provincia por venir á la corte, donde le llama el gobierno para tomar un asiento en el Senado. Su disgusto se aumenta cuando el *Baroncito* saluda á su esposa y va á darle la mano: el *General* se interpone entonces y reniega de la moda y de los saludos demasiado expresivos que por la corte se usan.

El poeta ha pintado de este modo el matrimonio bajo todas sus facetas, colocando á *Luisa* en medio de todos los personajes, y encargándole de la lección moral que se propuso al escribir su obra.

Carlota había querido á *Eusebio* antes de ser esposa del *General*, pero ignoraba que aquel se encontrase en Madrid. *Eusebio* la ve en un baile, y sin darse á conocer coloca en el *bouquet* de *Carlota*, que esta había dejado sobre una mesa antes de ir á bailar con el *Baron*, una pulsera que ella le había regalado en tiempos mas felices, que conservaba su pelo y que llevaba además grabado su nombre. *Carlota* va á tomar su ramo de flores, reconoce la pulsera, y se desmaya. El *Baron*, que según su costumbre la había ya hecho su correspondiente declaración de amor, se entusiasma con la idea de que sus palabras han producido aquel desmayo, y la sostiene en sus brazos. El *General* se presenta entonces, la coloca en una silla, grita y amenaza al *Baron*, y á los gritos y á las amenazas acuden los convidados. El *Baroncito* procura disculparse; pero por último declara que efectivamente la adora, y se arrodilla á los pies del *General*, y pide la mano de *Carlota* creyendo que es hija suya: sabe por fin que es su esposa, y esta equivocación aplaca algun tanto la ira del *General*.

El *Conde* no guarda á su esposa gran fidelidad, y galantea á una hermosa criolla que es la admiración de la corte, y contra la cual se dirigen los tiros de los amibarados del gran mundo.

Luisa los observa á todos, y procura conjurar la tempestad que amenaza á los maridos. Desengaña primeramente al millonario *D. Luciano*; le hace ver que son infructuosos sus galanteos, y le aconseja que los emplee con la hermosa criolla, dándole á entender que así conseguirá fama y dará al mismo tiempo salida á sus fondos: con este consejo busca *Luisa* el medio de separar al *Conde* de su funesta conquista, y evitar que su esposa dé oídos, por despecho, á las insinuaciones amorosas de *D. Federico*.

El *General* disgustado y resuelto á renunciar su puesto de senador, sorprende á *Eusebio* á los pies de *Carlota*: también le sorprende la celosa *Doña Micaela*, pero esta tiene el sentimiento de oír las ternezas que su marido prodiga á la joven generala, y el *General* oye con placer que su esposa las rechaza. Entonces acude *Luisa* y hace ver al *General* que tiene una esposa virtuosa de cuya fidelidad no debe dudar; procura reconciliar á *Doña Micaela* con su joven marido, y este ofrece resignarse con su cruz, poniendo por condición el que no sea tan celosa, y sobre todo que abandone las Musas: finalmente desbancado el *Conde* por *D. Luciano* se separa de la criolla, concluye con esto la frialdad con que miraba á su esposa, y la abraza, con gran disgusto de *D. Federico* que ve así destruidos todos sus planes de conquista.

Anuncian entonces la llegada del esposo de *Luisa*, y esta se prepara á recibirle contenta y satisfecha por haber impedido dos ó tres divorcios.

El primero y segundo acto marchan con regularidad. El tercero no es tan bueno, y las entradas y salidas de los personajes se aglomeran y son de mal efecto. El medio de que se vale *Luisa* para apartar al *Conde* de sus devaneos y obligarle así á que vuelva los ojos hácia su esposa, no nos parece muy digno, y rebaja bastante el bellísimo carácter de la virtuosa y honrada esposa. La comedia está salpicada de chistes, pero sentimos oír algunas palabras poco convenientes que rechazan la cultura y la buena sociedad. El diálogo es

excelente. La ejecución fué bastante igual, distinguiéndose muy particularmente Teodora Lamadrid y Joaquin Arjona.

Dos piecitas se han representado últimamente en el teatro del Príncipe, á beneficio del director del cuerpo de baile. La primera, titulada *De balcon á balcon*, tiene poco interés: la segunda, original del señor Navarrete, con el título de *Una conjuración femenina*. Su argumento está reducido á un padre que desea dar salida á tres hijas bastante lindas: aprovecha para esto la llegada de un antiguo amigo que viene desde Filipinas á concluir sus días en la Península, lleno de dinero y de dolores reumáticos. Es hombre muy entrado en años, y tiene el capricho de viajar acompañado de un perrito de casta americana y de una hermosa cotorra. El papá invita á las niñas á recibir bien y á agasajar al nuevo huésped, esperando que alguna de ellas sea la preferida y dé la mano á su amigo. Dos de ellas tienen novio, la otra no es tan feliz; pero las tres gracias se horripilan al saber que el amigo filipino tiene mas de sesenta años, y forman una coalición para destruir los proyectos de su padre. Con este objeto se presentan al recién venido, lujosas, pero ridículamente ataviadas; el viejo, aunque separado hasta entonces del mundo civilizado, se sorprende al verlas vestidas según el figurin del año de 1840, y no le hacen mucha gracia los encantos de las tres niñas. Estas han llenado su objeto, y la que no tiene novio la echa de consejera, le disuade de sus proyectos de matrimonio, se ofrece á cuidarle y á mimarle como una buena hija, y el amigo filipino conoce entonces que lo de los trajes ha sido una ficción, comprende muy bien que su edad no es la mas á propósito para pensar en bodas, y ofrece dotar á las tres y terminar tranquilamente sus días, abandonando la idea de casarse á los sesenta años con reuma y asma. Ambas piezas hicieron reír al público.

Después tuvo lugar el lindo baile *Las mozas juncales*, en el que fué muy aplaudida la graciosa Petra Cámara.

En el teatro de Variedades se ha ejecutado la comedia traducida del francés, con el título de *La Condesa de Egmont*, y una piecita, también francesa, titulada, *Libro III, Capítulo I*. El autor, que lo es el distinguido actor Mr. Laferrère, fué llamado á la escena. Aplaudimos este rasgo de galantería del público madrileño.

El *panorama móvil ó viaje de ilusión por el Missisipi*, no ha satisfecho completamente: es un espectáculo bastante pesado.

El apreciable actor D. Manuel Catalina está encargado de organizar una nueva compañía en el teatro del Instituto. La junta directiva de la sociedad ha desechado algunas proposiciones ventajosas, por el deseo de dar mayor realce á su teatro, trabajando en él una buena compañía. Es muy posible que algunos actores del Príncipe pasen al Instituto, abriéndose este coliseo el día 24, y dedicándose los productos de la función de apertura á un nuevo establecimiento de beneficencia que acaba de plantearse.

El viernes tuvo lugar en el Príncipe el beneficio de la señora Sampelayo, representándose un drama nuevo traducido del francés, y titulado *Faltas juveniles*, que obtuvo buen éxito. En nuestra próxima revista nos ocuparemos de esta producción.

F. MONTEMAR.

La reina Victoria y el principe Alberto.

Nadie ignora con cuánta solicitud y celo tomó el príncipe Alberto la iniciativa en el gran pensamiento que produjo el Palacio de la Exposición de Londres.

Debemos dar con este motivo algunas noticias á nuestros lectores sobre este personaje y su augusta esposa.

En cuanto á la reina Victoria, recordaremos que colocada al frente de la nación inglesa en 1837, nunca se ha desviado de la senda trazada por sus antecesoras: la reina Victoria ha procurado con el mayor esmero sostener la armonía indispensable entre los altos poderes del estado.

Esposa tierna, madre afectuosa, señora distinguida, sabe entregarse al cultivo de las artes, y embellecer su vida privada con el encanto de las inspiraciones de una inteligencia maravillosamente dotada.

Alberto Francisco Augusto Carlos Manuel, duque de Sajonia-Coburgo-Gotha, nació el 26 de agosto de 1819: tanto él como su hermano el duque Ernesto, recibieron una educación esmerada, y después de la pérdida de su madre, quedó el primero confiado á los cuidados de su tía, la duquesa de Kent. De este modo compartió los juegos de la niñez con su prima la princesa Victoria en los jardines de Kensington y Claremont, y el afecto que desde entonces los unió fué tan grande, que resistió al poderoso remedio de la ausencia.

Alberto volvió á su patria después del segundo matrimonio de su padre, y se entregó seriamente al estudio. A los diez y siete años entraba en la universidad de Bonn, después de un brillante examen. Jurisprudencia, historia, filosofía, ciencias exactas, todo lo aprendió el joven duque con una afición especial: era sumamente aficionado á la música y llegó á ser compositor distinguido.

Cuando entraba en el gran mundo, después de concluidos sus estudios, cumplía su prima diez y ocho años, y se declaraba su mayoría legal: entre los primeros que acudieron á Londres para felicitar á la princesa Victoria se encontraba el duque Alberto con su padre y su hermano: también estaban allí el príncipe de Orange y sus dos hijos, pero ninguno fué tan bien acogido por la heredera presuntiva del trono como el amigo de su infancia.

Aun no habían terminado las fiestas que se dieron con motivo de la declaración de la mayoría, cuando al rey Guillermo IV acometió una enfermedad, de la cual falleció el 20 de junio de 1837. Su sobrina Alejandrina Victoria fué proclamada reina de la Gran Bretaña y de Irlanda.

Alberto marchó á Alemania después de la coronación de su prima, pasó el invierno en Italia, y la primavera siguiente en el palacio de Eremberg, donde encontró un retrato de la reina Victoria, enviado por esta.

En el mes de octubre de 1839 volvió á Inglaterra, y poco después pasó de nuevo á Alemania, como prometido esposo de su prima, y príncipe adoptivo de Inglaterra. El 23 de noviembre anunció la reina á su consejo privado la elección que había hecho.

El príncipe Alberto es, si exceptuamos al duque de Wellington, el hombre mas popular de los tres reinos, porque ha sabido estimular con liberalidad y discernimiento las ciencias y las artes, ocupándose sin descanso en mejorar la condición de las clases trabajadoras.

El gran éxito de la exposición francesa en 1844 decidió á muchas notabilidades del Parlamento y del comercio á que figurase en Londres otra exposición análoga. El príncipe Alberto tomó la empresa bajo su dirección personal é inmediata: al efecto examinó detenidamente el proyecto de M. Buffet sobre una exposición universal en París, y se determinó á realizarla en Londres.

Es caballero de la Jarretiera, gran cruz de la orden del Baño, gran cruz de las de San Miguel y San Jorge etc.; mariscal del ejército y gran canciller de la universidad de Cambridge.

EL RUBIO DE NAMUR.

NOVELA ESCRITA EN ALEMAN

POR ENRIQUE ZSEHOCKE,

y vertida directa y libremente al castellano

POR SANTOS FERNANDEZ LINARES.

(Continuación del capítulo VII.)

Los resultados de la primera lección no habían sido, es verdad, tales como era de esperar, y así lo reconocieron discípulos y maestros; pero también lo es que se prometían adelantarse mas en la segunda, á juzgar por la ardiente fe de que se hallaban animados. Era tal en efecto el afán y celo de uno y otro, que al despuntar la aurora del siguiente día, ó lo que es igual, una hora antes de la prefijada, se encontraban ya María y L'Blond en la clase. Mas ¡oh sorpresa admirable! El maestro, en vez de explicar, cual correspondía al carácter de que se hallaba revestido en aquellos momentos, parecía como que deletreaba, y se notaba tal torpeza en la discípula, que apenas podían entenderse. El gracioso índice de esta solía dirigirse á la última línea cuando leían la primera, y al contrario; cosa que observada por aquel, no pudo menos de precisarle á coger la mano de María y dirigir su índice al sitio que debía señalar. Pero al contacto de entrambas manos perdieron uno y otro el hilo de la lección, porque les abandonó la memoria, hasta el punto de aparecer como embargados sus sentidos por un profundo letargo. Mudos permanecieron buen rato discípula y maestro; la circulación, agolpada á sus cabezas, se dejaba notar visiblemente, como si estuviesen dominados por una fiebre ardiente; y sus miradas, fijas en las páginas de la gramática, hubieran podido hacer creer que se hallaban entregados entrambos á hondas meditaciones filológicas.

Tratóse en la tercera lección de repasar lo que fuera objeto de las anteriores, toda vez que no habían salido tan bien como para pasar adelante; y en esta se trocaron los papeles, representando María el de profesora y haciendo L'Blond de discípulo. Confesó este con la rara modestia que tanto realce daba á sus bellas dotes naturales, que no había llegado en su estudio mas que hasta la conjugación del verbo *amare*; en cuyo concepto suplicó á la profesora le tomase la lección, que á su juicio creía saber bien de memoria, observando al propio tiempo que le parecía muy conveniente fuese ella haciendo la traducción al francés, con lo cual adelantarian uno y otro á la vez en su estudio.

Admitida sin réplica tan justa observación, dejaron sus gramáticas sobre el velador y tomaron asiento, como de costumbre, en el banco circular en que ya los hemos visto los anteriores días; siendo solo de notar en este, que L'Blond para preservarse sin duda de las frecuentes distracciones que le ocasionara el contacto casual de su mano con la de María, y á fin de no confundirse si tales acasos se reproducían, cogió desde luego la mano de esta.

Gran rato permanecieron así entrambos sin cuidarse del tiempo que corria, por mas que á su parecer fuese bastante corto, cuando el Rubio dió principio á su lección por el presente indicativo del verbo *amare*, en que había quedado, como sabe ya el lector.

—Yo amo.

Claro es que según lo convenido no debía continuar hasta que María hiciese la traducción. Cumpliendo pues con lo estipulado, contestó esta bajando los ojos y con voz apenas perceptible:

—J' aime (amo).

Mas de un momento quedó suspenso L'Blond, al parecer sin la fuerza bastante para continuar, haciéndolo por último en estos términos:

—Tú amas.

—Tu aimes (amas), tradujo ella, con voz un tanto vacilante.

Guiado el discípulo como de un secreto instinto, continuó, llevando á su corazón la mano de la profesora:—Egli ama.

—Il aime (ama), repuso esta con voz baja, y dirigiéndole á hurtadillas una mirada llena de ternura.

—Nous aimons (amamos), continuó el Rubio, sin separar de su pecho la mano de María, y olvidándose acaso por eso del italiano.

—Eso no está bien, contestó ella, usted debe decirlo en italiano.

—Los hermosos ojos de L'Blond se fijaron entonces en los de María con una expresión indefinible y como demandando perdón; mas no pudiéndose contener, repitió: *Nous aimons*.

Cierto que no es muy esencial para aprender, que la mirada del maestro se fije en la del discípulo y al contrario, y también que sin apercibirse de ello dijo á su vez María: *Nous aimons*; pero no lo es menos por eso, que tan pronto como notó la falta, la corrigió, reprendiendo al discípulo.

—No parece mas sino que tal descuido es algun grave pecado, según la seriedad con que me reprende usted, María.

Nada se le ocurrió á esta que objetar á semejante raciocinio, si bien se manifestó bastante inquieta sin duda por el involuntario error de L'Blond.

Mudos permanecieron buen tiempo, observando la profesora el efecto de su reprensión, y como avergonzado de su falta el discípulo. Pero al cabo de él se encontraron de nuevo sus

miradas; los negros bucles de María eclipsaron por un momento la frente de L' Blond, y se oyó suspirar á entrambos: —*Nous aimons.*

A la verdad que no era gran cosa lo que habían adelantado en esta lección; pero descubrieron en cambio un nuevo lenguaje, que si no era francés ni italiano, les bastaba para entenderse perfectamente.

CAPITULO VIII.

Un socorro á tiempo.

No sabemos por qué al escritor de esta crónica no le plugo seguir dándonos cuenta de las escenas que en el cenador de jazmin debieron suceder á la de que se acaba de hacer mérito. Pero es lo cierto que se contenta con asegurar, que de día en día iba subiendo de punto en ambos jóvenes el amor al estudio, y que en él hacían rápidos progresos sin necesidad del auxilio de la gramática. También asevera que á pesar de haber ido refrescando mas y mas las mañanas con la entrada del otoño, no por eso decaía su celo; lo cual le hace sospechar que tal vez no se dejaría sentir el frío en el cenador, á fuer de encantado. Y añadiremos nosotros, que según los datos que sobre el asunto hemos podido adquirir, no sin algun trabajo, aunque L' Blond no amaba en María sino á una simple modista, y esta en él al hijo del presidente del tribunal supremo, no se perdieron ni un átomo de afición al salir de su error, sino que lo espieron con buena dosis de lágrimas y suspiros, y aun que creció tanto mas su pasión y se comunicaban con tanto mayor secreto, cuanto menor era ya su esperanza de ver un día realizadas sus sanas intenciones.

—¿Por qué no he de ser yo rico! Se oía suspirar á L' Blond con frecuencia; y á María:—¡Ojalá y yo fuese pobre!

Para colmo de su desgracia vino el despiadado invierno con su fría mano á desnudar el precioso jardín de todas sus galas. El cenador y las calles de árboles quedaron en pocos días del todo descubiertas, y una sábana de nieve cubrió en otros pocos todo el suelo; de suerte que era imposible andar por él sin dejar claras muestras de ello. Hicieron con esto mas y mas raras las entrevistas; y si no dejaron por eso enteramente de verse alguna que otra vez durante él, fué porque nunca faltan al amor sendas desconocidas para el vulgo de los mortales. Pero fuerza será confesar que á pesar de eso no acertaban con ninguna que los condujese al fin. Así es que hubieron de contentarse con repetidos juramentos de eterna fidelidad, de cuyo cumplimiento no podían menos de dudar entrambos.

Sumido al parecer en hondas reflexiones se encontraba un día L' Blond en uno de los principales cafés de Namur. Hacía ocho días que no había visto á María, y ya se sabe cuántos tormentos no proporcionan á dos pechos enamorados ocho días de completa privación. Durante ellos había tenido esta que concurrir á varios sarasos de la alta sociedad, y la noche del á que nos referimos daba el presidente del tribunal supremo un gran baile, á que también debía asistir María. Claro es que esto no podía ser muy grato para L' Blond: saber que María se hallaba tan inmediata, en medio de una brillante sociedad, rodeada de los mas gallardos jóvenes de Namur, tener que sentir sus pisadas, y no serle dado verla ni confundir con ella su pensamiento, era en verdad terrible trance para un amante del temple de L' Blond. Así es que tomó la prudente resolución de no parecer por su casa hasta después de concluido el sarao. Cerró su tienda mas temprano que de ordinario, y se fué á situar en el café de que se deja hecho mérito.

Un hombre como de cincuenta años de edad, de buena estatura, envuelto en un gabán gris, de rostro pálido y entustas mejillas, y en torno de cuyas órbitas se movían dos pequeños ojos verdes que por la gran fuerza de vida que denotaban formaban raro contraste con las huellas que el tiempo había marcado en sus facciones, dando una singular espresion á su semblante, se hallaba sentado á la misma mesa que L' Blond, y parecía observarle con algun interés. Pero mal podía curarse nuestro jóven de él ni de cuanto le rodeaba, embebido como estaba en su único pensamiento, que ya comprenderá el lector cuál sería. En vano trató varias veces el del gabán gris de llamar hacia sí la atención de L' Blond. Su vista parecía tan concentrada en su interior, que no le dejaba lugar á manifestarse por los sentidos.

Después de largo rato dirigió por fin la palabra al Rubio, en estos términos:

—Si no me equivoco, creo que usted es el caballero L' Blond.

Miróle entonces este, y al observar la ancha cicatriz que surcaba la mejilla izquierda de su interlocutor, reconoció perfectamente su fisonomía, que había tenido ya ocasion de observar varias veces, en su comercio, por la circunstancia de haberle comprado cierto dia una pieza de seda, en algun paseo y aun en la iglesia.

L' Blond contestó afirmativamente con una ligera inclinacion de cabeza, pues no le hubiera sido fácil mostrarse amable con quien así le sacaba de sus gratas meditaciones.

—Parece que no está usted muy alegre, observó el extranjero.

—Bien puede ser, repuso L' Blond, porque no siempre se siente uno de buen humor.

—¿Podría usted acompañarme á tomar un vaso de cerveza, y tal vez desearía con ella el enfado.

—Os equivocáis: la cerveza no podría aliviarme.

—Lo siento... y... francamente, ¿no podría yo servirle en algo?

—Creo que no.

—Sin embargo, acaso estrañará usted mi porfía, pero me interesa usted mas de lo que puede figurarse, y quisiera á todo trance que fuésemos amigos; atreviéndome á asegurarle desde luego que no le pesaría mi amistad, ni menos tener en mí confianza.

—Agradezco como debo, caballero, sus finas atenciones, y siento no encontrarle por ahora en disposicion de admitir su oferta, por mucho aprecio que me merezca.

—Si he podido ofenderle con mis palabras, suplico á usted disculpe mi imprudencia en gracia de la causa que á ello me ha movido.

—Nada menos que eso, caballero, repuso L' Blond con tono mas afable y tranquilo. Visto lo cual el extranjero continuó:

—Me parece leer en su semblante que algun disgusto amoroso le trae á usted tan inquieto.

—Puedo asegurarnos que no.

—¿Le hace á usted falta acaso dinero? Repito que tendría sumo gusto en serle útil de cualquier modo.—El Rubio clavó una mirada de curiosidad, al par que de estrañeza en su importante servidor.

—Puede usted decirme sin rebozo. ¿Necesita usted mucho, ó solo unos pocos miles de francos? Siento sobremedera que no seais esplicito conmigo, siendo así que muy bien os pudierais llamar hijo de la fortuna, y aun el hombre mas feliz de todo Namur, si es que la riqueza pudiera bastar á dar la felicidad al corazón humano.

—Vuestras palabras, caballero, no pueden menos de admirarme, y en verdad que no os comprendo. Cierto que quisiera ahora mas que nunca ser rico; pero ignoro de todo punto cómo podría serlo.

—Pues si así es, yo me encargo de hacérselo á usted conocer.

—¿Quién no querrá poseer grandes riquezas?—repuso L' Blond.

—En buen hora: pues si no tiene usted inconveniente en acompañarme á cenar esta noche, al paso que me proporcionará gran placer su compañía, tendré ocasion de manifestarle lo que tanto le sorprende, y no dudo de que os probaré mi dicho hasta la evidencia. Porque este no es el lugar mas á propósito para hacer revelaciones, de que nadie mas sino usted debe enterarse.

L' Blond miró con alguna desconfianza al extranjero; sin embargo era un tanto aficionado á todo lo maravilloso, y no creyó debía desperdiciar la novelesca aventura que sin pensar se le venia á las manos en noche tan fatal para él, además de que así se vería precisado á retirarse bien tarde á su casa, sin violencia alguna. Por lo que aceptó con agrado el convite, después de hacer al extranjero los cumplidos que exige la etiqueta en semejantes casos.

CAPITULO IX.

¡¡¡Un tesoro!!!

Hallábase hospedado el extranjero en la misma fonda en que vimos ya en otra ocasion á L' Blond cuando fué á llevar á la condesa de San Silvant las cajas de blondas y encajes que hubo de manifestarle necesitaba, á su regreso del paseo á la ciudadela de Namur. Ocupaba las mejores habitaciones, que se veian adornadas con magníficas alfombras de Persia y tapices de seda de Turquía, cubriendo las entradas de las puertas y alfeizares de las ventanas rico cortinaje de damasco carmesí con franja de oro.

Apenas entraron en ellas, tocó el extranjero una campanilla de finísima plata primorosamente cincelada, y aparecieron casi á la vez dos criados vestidos con suma elegancia, que recibieron la terminante orden de disponer la cena.

Sorprendido estaba L' Blond de cuanto sus ojos veían, y no pudo menos de creer sino que el extranjero á pesar del gabán gris, era poseedor de inmensas riquezas, quizá por aquello de que abajo una mala capa suele ocultarse un gran bebedor; pero ¿cómo un hombre tan rico había solicitado con empeño la compañía de un pobre comerciante de sedas? Esto era lo que L' Blond no podía explicarse.

Repuesto un tanto de su primera estrañeza, aunque con algunas muestras de aturdimiento, se atrevió por fin á dirigir la palabra á su prometido protector.

—Caballero, ¿tendrá usted la bondad de manifestarme con quién tengo el honor de hablar?

—Con Abubeker, contestó con la mayor lisura y afabilidad el extranjero. Tal es mi nombre, y así puede llamarme simplemente el jóven L' Blond. Soy caldeo de nacimiento.

—¿Caldeo! murmuró L' Blond en voz baja; ¿y cómo ha venido usted de tan lejanos países?

—Muy fácilmente: el fastidio que produce siempre la permanencia en un mismo punto por mucho tiempo, y tambien el deseo de conocer otros países y aprender con ello cosas nuevas, me hacen estar viajando de continuo. Aquí, v. g., solo pienso estar hasta la primavera, en que marcharé probablemente á Islandia.

—¿A Islandia!... ¿y há mucho que abandonó usted el Asia?

Después de un momento en que pareció reflexionar con atención Abubeker, contestó:

—Sobre ciento veintidos años. El Rubio creyó que el caldeo se habría equivocado en los guarismos; mas al oírle repetir la misma suma con toda tranquilidad, no pudo ya contener su admiracion, y exclamó:

—¿Cielos, ciento veintidos años! pues entonces ¿qué edad tiene usted? si es que su bondad me dispensa esta impertinencia.

—Trecientos doce años, contestó al punto Abubeker.

—Trecientos!... gritó el Rubio sin poder contener su asombro.

—Y doce años, añadió tranquilamente el caldeo, como para concluir la interminada frase de su interlocutor. Claro es que esto, continuó, no podrá menos de causarle alguna estrañeza, y aun quizá le parezca que pretendo reirme con ello á costa de su credulidad. Pero andando el tiempo, y así que nos conozcamos algo mas, le diré á usted otras cosas que no escitarán menos su admiracion. Usted es muy dueño sin embargo de creer lo que guste; mas le aconsejo que nunca juzgue al hombre por sus palabras, sino por sus obras.

No dió poco en que pensar á L' Blond cuanto acababa de oír, y no echó en olvido lo de la burla á costa de su credulidad. Así es que se dispuso á pagarle en la misma moneda, si se empeñaba en continuar la broma.

La cena está en la mesa, se oyó decir á la puerta de la estancia, y el caldeo se adelantó hacia el comedor haciéndose seguir del jóven comerciante.

El ornamento de la pieza destinada á comedor no desmerecia en nada del de las demás habitaciones; pero su atmósfera era mucho mas deliciosa, merced á los ricos perfumes de Oriente que se veían arder lentamente en cuatro ricos pebeteros de plata, puestos sobre igual número de rinconeras de jaspe colocadas en los cuatro ángulos de la estancia. Apetito-

sas al par que delicadas viandas, por su parecer, y varias botellas de esquisitos vinos cubrían la mesa, puesta con sumo esmero en el centro de la habitacion, viéndose un cubierto en cada uno de sus testeros. Cuando Abubeker y L' Blond ocuparon sus respectivos asientos cerca de ella, se retiraron los criados obedeciendo á un ligero movimiento de cabeza del caldeo.

—Ahora, dijo este, solo debemos pensar en comer, y es fuerza olvidar todos los pesares que puedan aquejarnos. Coma usted pues, amigo L' Blond, y hable con toda franqueza, como yo lo hago con usted.

No se dejó rogar mucho el Rubio en cuanto á la primera de tales invitaciones, pues dice el autor á que tantas veces nos hemos referido, que á no ser por la abundancia con que fué servida la cena, quizá se hubiera arrepentido Abubeker de haberle convidado. Verdad es que á L' Blond hubieron de parecerle tambien los vinos en extremo deliciosos, pues con la misma facilidad que soltaba un plato, cogía el vaso y lo dejaba vacío en un momento. Así es que según que la cena iba tocando á su término, se dejaba notar tanta mas animacion en su semblante.

Varias díz que fueron las palabras que se trocaron entre uno y otro durante la comida, y muchas mas las maravillosas aventuras que el caldeo refirió á L' Blond acerca de su vida y sus viajes por mar y tierra. Pero no por eso pudo granjearse la confianza de este, sino que antes bien hizo subir de punto sus justos recelos á medida que iba aumentando su número.

—Señor mio, dijo por último L' Blond, cansado sin duda de la narracion de tanta maravilla; usted me trata ni mas ni menos que á un niño, contándome cuentos de brujas. ¿Piensa usted acaso que una persona razonable pueda dar crédito á semejantes cosas?

—Me es del todo indiferente, contestó Abubeker con frialdad, que usted me crea ó no. Si lo segundo, solo será en daño de usted. Sin embargo, ya ha podido observar que estoy versado en las ciencias secretas. ¿No ha oído usted nunca hablar de nigromancia?

—Sí por cierto; pero nunca he creído en ella, pues en último término todo viene á reducirse á engaños y juegos de manos, que cuando mas, solo indican sagacidad y destreza en el que los ejecuta.

—Así sucede en efecto entre los ignorantes europeos; pero entre nosotros, en Caldea, es muy distinto.

—¿Tendría usted la bondad de manifestarme alguna suerte? le preguntó el Rubio interrumpiéndole.

—Yo no hago suertes, repuso Abubeker. Sin embargo, L' Blond, sus facciones me han inspirado gran interés, y puedo asegurarle que ha nacido bajo una estrella feliz. Así pues, hábleme usted con franqueza, y sepa yo de una vez en qué puedo servirle; bien entendido que mi proteccion vale algo mas que cuantos juegos de manos hayan podido hacerse hasta ahora. Pudiera usted, v. g. necesitar algun dinero, pues los comerciantes no tienen siempre todo el que han menester.

—Nada tendría de estraño que así fuese, contestó L' Blond, con cierta sonrisa de desconfianza.

—¿Y por qué no me lo ha dicho usted desde luego? usted que está destinado á sacar un tesoro de las ruinas de *Valerien des Anges*.

—Yo destinado á sacar un tesoro! repitió L' Blond con notable espresion de duda y alegría.

—Sí señor, y bien considerable por cierto.

—¿Y cómo es que no se lo apropia usted, Abubeker?

—Porque ni está destinado para mí, ni menos me hace falta, contestó con frialdad el caldeo.

—Está bien: ¿pero cuando podré adquirir ese tesoro?

—Tan luego como haga usted un viaje á *Valerien des Anges*, que es preciso para ello.

—¿Y requiere grandes preparativos ese viaje?

—Absolutamente ningunos.

Grande fué la confusion que produjo en el jóven comerciante la formalidad del caldeo, si bien sospechaba siempre que este queria burlarse de él. Después de haber reflexionado breve momento, añadió:

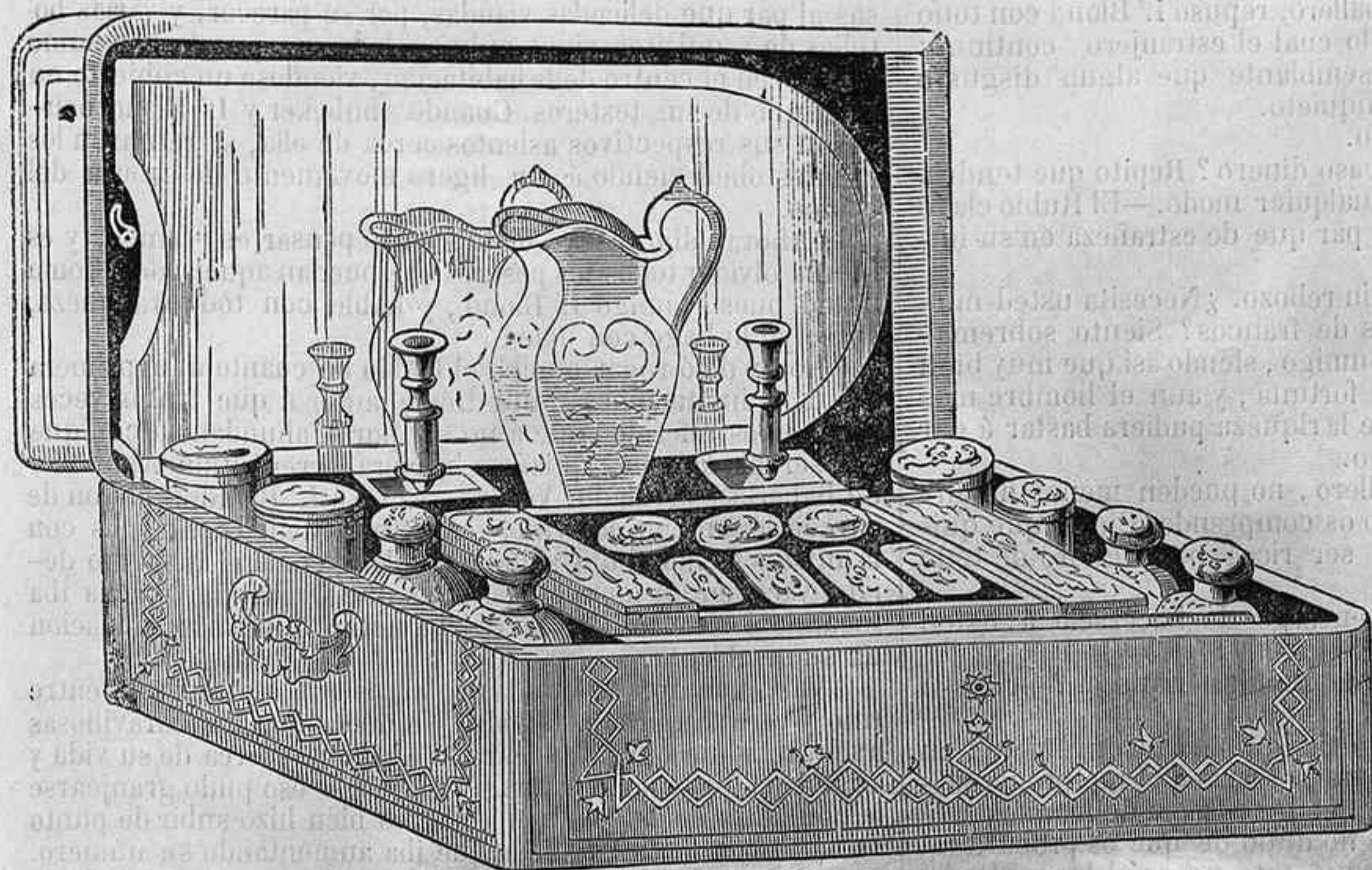
—Perfectamente: mas si he de hablar á usted con franqueza, fuerza me será decirle que me veo precisado á pagar mañana una letra de 3,000 francos, y no tengo con que hacerlo. Supongo que no tendrá usted inconveniente alguno en prestarme esa suma, toda vez que puedo contar con un considerable tesoro. Calló el Rubio, y miró fijamente al caldeo, como para descubrir el efecto que hacia su demanda en el ánimo de Abubeker.

—Con mucho gusto, repuso este, le prestaré á usted los 3,000 francos. Reanudóse despues la interrumpida plática sobre nigromancia y aventuras maravillosas, con que el del gabán gris supo tener en suspenso por buen rato todas las potencias y sentidos del jóven comerciante; y terminada que fué la opípara cena, cerca de la media noche, se despidió por fin L' Blond de su admirable huésped.

Su delicadeza empero no le permitía recordar al caldeo la promesa del préstamo que le hiciera; y como por otra parte no tenia necesidad alguna de dicha suma, toda vez que el supuesto pago de la letra fué solo un ardid para poner á prueba la estraña generosidad de su estravagante protector, dábale por muy contento con la sabrosa distraccion que le había proporcionado la compañía de tan misterioso personaje. Sin embargo, la promesa de este no había sido á lo que parece un mero cumplido, pues cuando vió que L' Blond se retiraba, le suplicó se detuviese un momento. Pasó á otra habitacion, y á poco volvió con cuatro talegas que puso sobre la mesa; llamó en seguida á los dos criados que ya conoce el lector, y mandando al uno acompañarse al comerciante á su casa, y al otro que llevase el dinero, lo dejó al fin partir, despues de haberle renovado sus finos ofrecimientos.

No sabía L' Blond cómo dar muestras de su agradecimiento á Abubeker, más por el asombro que le causara su incomprendible proceder, que por el valor de la suma recibida. Manifestóle no obstante su reconocimiento como mejor supo en tan embarazosa posicion, y se retiró á su casa seguido de los dos domésticos. Al llegar á ella entregaron al de L' Blond el dinero, que impaciente esperaba la vuelta de su amo, pues nunca acostumbraba á recogerse tan tarde, y se marcharon, no sin hacer cumplidas reverencias al comerciante.

(Continuará.)



Necessaire.

ESPOSICION UNIVERSAL.
Objetos varios.

GRAN APARADOR Y SILLONES.

Estos objetos son de nogal esculpido, y se deben á Mister Hunter, de Londres. Los piés del primero representan cabezas de delfines, cercadas de flores y frutas que rodean tambien á otras dos que figuran la Vejez y la Juventud. En el centro del respaldo se ve la cabeza de Baco. La mesa es de mármol de Galway, de hierro, y de este modo duran mucho. Debajo del aparador hay una caja primorosamente trabajada para liciores.

Los respaldos de los sillones son de cuero con clavos dorados.

MÁQUINAS PARA CORTAR LEGUMBRES.

El instrumento cuyos dos dibujos ofrecemos, es un aparato por medio del cual se cortan en el campo toda clase de hortalizas para el alimento del ganado. Se comprende toda la importancia que tiene en la economía agrícola. En la primera figura se ve el mecanismo del corte, y en la segunda el recipiente. Los dientes del cilindro pasan sobre la materia, que queda dividida al punto con igualdad. Dichos dientes son mas que los de madera, que antes se usaban.

CARRETA PARA ABONO.

Las dos máquinas cuyos grabados ofrecemos hoy, llamadas, la primera *carreta para abonar las tierras*, y la segunda *carreta sementera*, estan muy en boga en Inglaterra para el uso de la agricultura. La *sementera* está dispuesta de modo que distribuye en los surcos cierta cantidad de agua, mezclada á la simiente, y así es que comunica á esta una fuerza de inmediata vegetacion, libertándola de la sequía. La *carreta para abono* tiene por objeto distribuir este en iguales proporciones.

Es fácil comprender el mecanismo de estos dos aparatos, que han recibido la sancion de la esperiencia, habiendo dado á su autor, M. Chandler, todas las sociedades agrícolas inglesas, señaladas pruebas de su aprecio, por medio de medallas de plata que se le han remitido de Lincolnshire, York, Devous y Lancashire.

AMERICANA.

Este carruaje es de una elegancia y ligereza sorprendentes. Ya se sabe cuál es el problema que los hijos de la Union han querido resolver en la construccion de esos vehículos que han conservado en Europa la superioridad sobre los de las demás naciones. La *americana* es mas ligera que todos los carruajes que hasta ahora han salido de los talleres de M. Walker, de Filadelfia. Los resortes son de acero, las ruedas sumamente delgadas y finas, pero de una solidez á prueba.

CASAS MODELOS POR EL PRÍNCIPE ALBERTO.

Presentemos el diseño de las que ha mandado construir el príncipe Alberto á sus expensas, destinándolas para servir de albergues á las clases laboriosas. Dichas casas pueden contener cuatro familias: son de ladrillo, y las escaleras están colocadas de modo, que cada habitacion tiene su entrada particular: no pueden tampoco incendiarse, y se han

observado en su construccion con el mayor cuidado todas las condiciones higiénicas. Cada casa cuesta unas 400 libras, y pagando cada familia un chelin por albergue, contribuirá á los gastos de la construccion de su vivienda. Las clases pobres pagan hasta cinco chelines por semana por una sola pieza en la cual se reunen todos los elementos de la miseria. Con el objeto de remediar estos males ha tenido el príncipe Alberto la feliz idea de estas construccion.

BIBLIOTECA ESCULPIDA.

Los muebles austriacos son magníficos: el que representa nuestro grabado está esculpido con la mayor delicadeza, y no solo sirve de biblioteca, sino tambien de escritorio y de tocador: tiene su chimenea correspondiente, y cuanto



Azulejos españoles.—Trajes valencianos.

se necesita para la comodidad, principio que en ningun objeto desatienden los artistas del imperio de Austria.

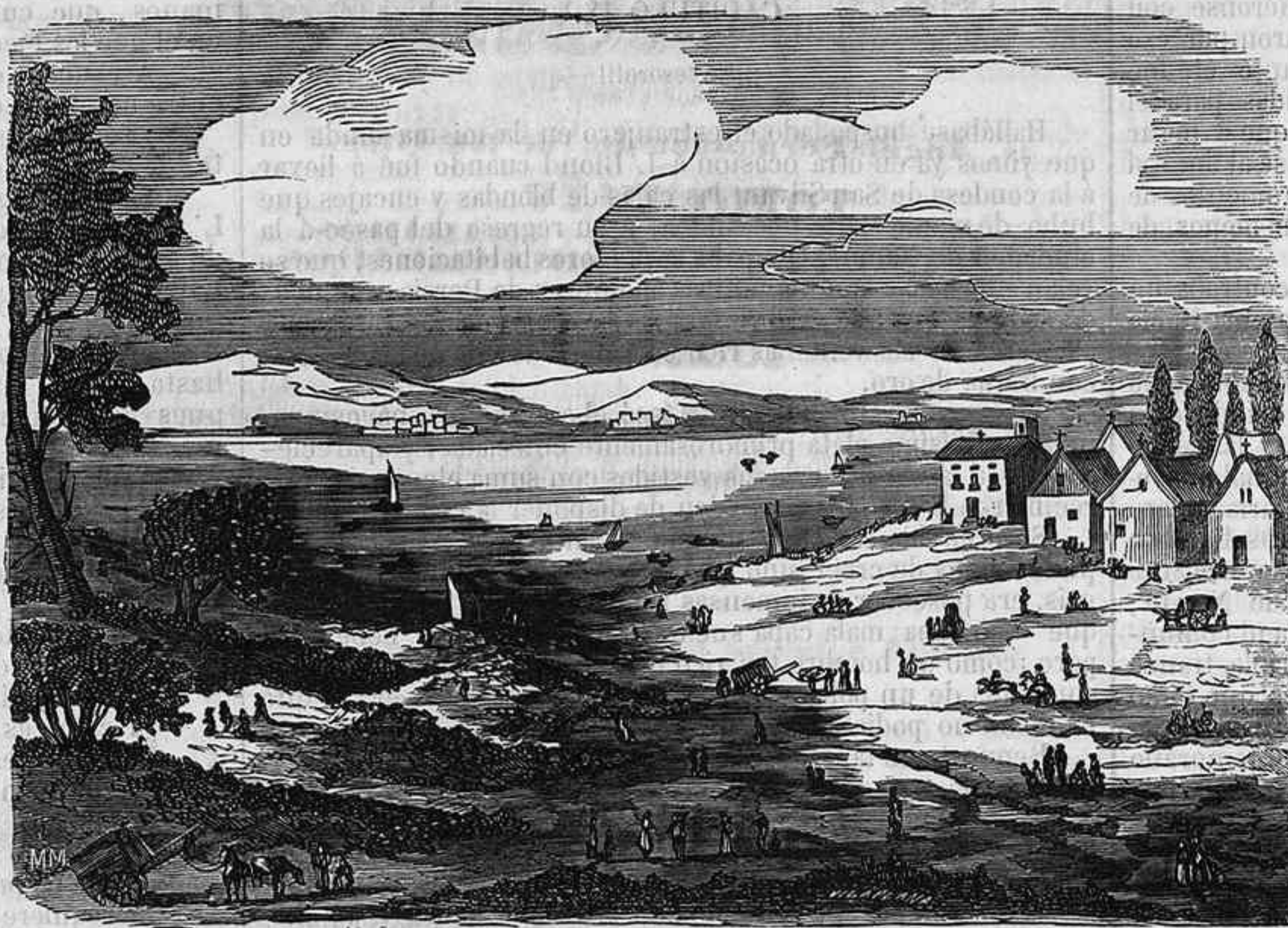
JARRON PARA VINO.

La ejecucion de esta obra es de una delicadeza exquisita, y todos los periódicos de Londres y las personas inteligentes en plateria han hecho justicia á su indispensable mérito y á la reconocida habilidad de su autor, M. Angell. Las figuras de niños que adornan este objeto revelan una expresion increíble,

cada tres artículos sobre la Esposicion Rusa, y en ellos hemos hablado de sus riquezas naturales y del corto precio de sus jornales: tambien hemos hablado de otros trabajos en malaquita espuestos por el mencionado príncipe: á ellos nos remitimos.

NECESSAIRE.

ESCRIBIMOS EN FRANCÉS ESTA PALABRA, PORQUE SU SIGNIFICACION ES CONOCIDA DE TODOS NUESTROS LECTORES. M. AUDOT ES EL MEJOR FABRICANTE DE ESTOS OBJETOS TAN INDISPENSABLES PARA UN VIAJE Y PARA TODAS LAS OPERACIONES DEL TOCADOR. EL NECESAR DE NUESTRO NÚMERO TIENE VEINTE Y NUEVE PIEZAS DE CRISTAL Y DE PLATA PARA EL SERVICIO DE LA DAMA MAS EXIGENTE: ADEMÁS ENCIERRA UNA MULTITUD DE PINZAS Y OTROS EFECTOS CURIOSÍSIMOS, CINCELADOS TODOS Y CON EL SELLO DE SU AUTOR.



Azulejos españoles.—Real sitio de la Albufera.

y el cincelado de las hojas y racimos de uvas que lo esmaltan nada deja que desear.

PUERTA DE MALAQUITA.

Quisiéramos que el grabado que presentamos de la puerta de malaquita del príncipe Demidof pudiese dar una idea de esta obra maestra del arte. Para los inteligentes es imposible determinar el valor de este verdadero *diamante colosal*: únicamente la Rusia ha podido producirlo. Ya hemos publi-

de fondo blanco, para acomodarlos á pisos, chapados ó cualquier otro destino análogo.

El precio de cada azulejo ó pieza de tamaño ordinario es únicamente desde 2 1/2 reales vellon, hasta 10, sin perjuicio de alterarse al máximo este valor, segun la superioridad de la obra.

En piezas mayores de las dimensiones del azulejo ordinario, como son para inscripciones, epitafios, imágenes, numeracion, etc., á precios convencionales. Hay octágonos, exágonos, puntas de esmeralda y de realce, desde 2 á 10 rs. cada uno.

Pero los azulejos mas notables son los comprendidos en la clase de dibujo general, la pintura de historia, natural, adornos, flores, figuras y caprichos arabescos de infinitos gustos. Las dos últimas láminas que aparecen en esta plana, representan dos vistas formadas por combinacion de azulejos, con una perfeccion y una delicadeza verdaderamente admirables.

No queremos dejar pasar esta ocasion de advertir, que la fábrica de azulejos de que vamos haciendo mencion, es LA ÚNICA QUE EN ESPAÑA HA CORRESPONDIDO A LA INVITACION QUE HICIMOS Á LOS ESPOSITORES ESPAÑOLES, para que nos remitieran noticias y dibujos de sus productos á fin de darlos á conocer gratuitamente. Despues de esta declaracion, nuestros lectores no extrañarán que los grabados de objetos españoles no sean tan numerosos como deberian y podrian ser, si se tratase de otro fin menos indiferente que el nuestro en ocasiones como la presente.



Azulejos españoles.—La jota valenciana.